

José Manuel
Surroca Laguardia

El Diario del Ave Fenix

El Diario del Ave Fénix

José Manuel Surroca Laguardia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico surrocajm@telefonica.net

© José Manuel Surroca Laguardia, 2018

Portada: Torre de la Catedral de Barbastro.

José Manuel Surroca Laguardia

Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.

Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia

Dedicatoria

A todas aquellas personas que no pierden la fe y siguen luchando con todas sus fuerzas, sin importar el final. Se aferran a su creencia de que el futuro se hace segundo a segundo, día a día, mes a mes, año a año. La vida es algo muy precioso, como para desperdiciarla en lamentaciones y refugiándose en la propia lástima.

Mi emocionada admiración.

I
21 Junio, martes, 2005

Me llamo Carlos Mendoza y soy escritor. Hasta el momento he publicado diez novelas y bastantes artículos sobre variados temas y creo modestamente que con un éxito razonable. Mi imagen suele aparecer de vez en cuando en la TV y en la prensa. Por ello, gozo de una cierta fama y reconocimiento del público, de forma que de vez en cuando soy interpelado en la calle por algún amable lector que me transmite sus felicitaciones por mi estilo, dicción o estilo mientras procedo a firmarle el ejemplar que normalmente le acompaña. Verdaderamente estos hechos llenan completamente mi vida teniéndome por un ser afortunado.

Tengo 64 años, soy viudo y tengo cuatro hijos: tres chicos y una chica. Vivo en un apartamento pequeño perfectamente adecuado a mis necesidades actuales. Soy hombre de costumbres y horarios fijos y como casi todos los humanos, tengo mis rutinas de las que me cuesta desprenderme, y si alguna vez, por razones ajenas a mí, me veo obligado a hacerlo, me siento incómodo y nervioso durante todo el día.

En cuanto a mi producción literaria, debo decir que los temas de mis libros tratan del amor, la felicidad y en general sobre todos los acontecimientos que ponen a prueba los sentimientos humanos. Me gusta ahondar en el alma humana, analizar y estudiar sus reacciones ante los hechos imprevistos, y en particular, su reacción ante el dolor, sea del tipo que sea, físico o emocional.

Pero hoy ha sido un día horrible. Uno de esos días desagradables que te dejan un regusto amargo y que tratas de olvidar lo antes posible, pero no puedes. He

perdido el apetito y no tengo ganas de hacer nada. Tan solo me apetece dejar pasar el tiempo sin pensar en nada, vaciar mi mente y dejarla en suspenso. Cuando he llegado a casa me he dejado caer en el sofá. Con los ojos cerrados, en mi mente se han ido sucediendo, un una sucesión sin fin, los momentos vividos hacía unas horas. Sin embargo, esos acontecimientos, o al menos así lo esperaba yo, ponían punto final a algo que había comenzado unos meses atrás.

Como ya he dicho, soy persona de rutinas fijas. Me levanto a las 8 de la mañana, me ducho, me visto y salgo a la calle dispuesto a realizar mi paseo diario por el parque cercano, independientemente de las condiciones atmosféricas, haga frío o calor o caigan chuzos de agua nieve o granizo. Me pongo la ropa adecuada según el tiempo y me lanzo a la calle.

Normalmente el paseo dura entre hora y media y dos horas. Cerca de mi casa, hay un parque que tiene varias puertas de acceso. Esto es lo único que dejo al azar: acceder al parque por una puerta u otra. Camino lentamente, observando todo cuanto hay a mi alrededor. Es curioso, pero siempre me parecen las cosas diferentes con respecto a cómo estaban el día anterior. Hacia el final del paseo, que siempre hago coincidir con el Quiosco de Prensa, donde compro dos periódicos: uno deportivo y otro de prensa nacional, se impone tomar un café, el primero del día. Con los periódicos bajo el brazo, me dirijo a un bar con terraza cercano, donde si el tiempo lo permite, me siento en una mesa exterior, y si no, entro en el establecimiento. Una vez aposentado, leo tranquilamente el periódico de prensa nacional acompañado por un aromático y sabroso café. Mira que habré probado cafés, mi bebida favorita, por todo el mundo, pero como en ese bar del parque no lo he probado en ningún lugar. Sencillamente, soberbio. Y encima, al lado de mi casa. En resumen, creo que por todo ello siento que mi vida es perfecta.

Una vez leído el periódico de noticias, continuó mi paseo hasta un banco cercano, a cubierto del viento y del sol, donde me siento y procedo a dar lectura al periódico deportivo. Y fue en este momento de mi paseo, cuando se produjo el inicio de esta historia, cuyo desarrollo me ha producido un gran desasosiego e inseguridad. Al menos hasta hoy, espero.

Como digo, hace unas semanas, hacia finales de Mayo, estaba yo leyendo mi periódico deportivo cuando una señora tomó asiento a mi lado. De forma amable, me dio los buenos días acompañados de una sonrisa, sentándose a mi lado en actitud pensativa. Pasado un rato se levantó y tras volver a saludar se perdió en la lejanía. A partir de aquel día, solía compartir conmigo el banco, siempre siguiendo la misma rutina.

El primer día no le presté atención alguna. Pero en los días sucesivos, al repetirse el hecho, comenzó a captar mi atención aunque de forma disimulada. La señora aparentaría tener unos sesenta y tantos años. Iba correcta y discretamente vestida, y sobre todo, me llamó poderosamente la atención la seriedad y preocupación que mostraba su rostro. En alguna ocasión me pareció observar que una lágrima asomaba a sus ojos. También me pude dar cuenta que también ella me miraba discretamente. Tal vez mi cara le resultase vagamente familiar. Así que un día, tras el consabido saludo, se sentó en el banco, y pasados unos minutos se volvió hacia mí.

-Perdone que le moleste. Le ruego que me perdone, pero, ¿por casualidad no es usted Carlos Mendoza, el escritor?-dijo. Yo alcé mi vista hacia ella con una sonrisa.

-Pues sí señora. Y no por casualidad. Efectivamente yo soy esa persona que usted dice-le dije.

-¡Que alegría! ¿Sabe usted? Soy una gran admiradora suya. Tengo comprados y leídos todos sus libros. Tiene usted un don maravilloso para interpretar los sentimientos de las personas. Me siento plenamente identificada con sus puntos de vista-me dijo con emoción.

-¡Señora, usted me abruma! Le agradezco sus amables palabras, y le aseguro que son como alimento para mi espíritu. A veces a los escritores nos asalta la duda de si nuestros lectores comprenderán nuestros devaneos, y lo que es más importante, si estarán de acuerdo con ellos. Al fin y al cabo, expresar los sentimientos con palabras, es tarea harto complicada y que no siempre conseguimos transcribir nuestras sensaciones al lenguaje escrito, aunque, le aseguro, lo intentamos por todos los medios.-le dije.

-Pues usted, don Carlos, lo ha conseguido. Se lo aseguro-dijo la señora, a la vez que miraba su reloj.

-¡Oh, que tarde se me ha hecho! Disculpe, pero tengo que marcharme. No sabe usted la alegría que me ha producido poder hablar con usted. Le ruego que me perdone si le he molestado-me dijo, a la vez que se incorporaba.

-¡Por Dios! El agradecido soy yo, señora...-y sin darme tiempo a nada más, se marchó con prisa hacia donde fuera que fuese.

Yo me quedé un tanto descolocado, pues ni siquiera me había dado tiempo a preguntarle por su nombre, detalle mínimo a tener por mi parte ante la amabilidad manifiestada hacia mi persona y mi obra. Pero, todavía no sabía que aún me aguardaban algunas sorpresas más. Y eso ocurrió al día siguiente, cuando siguiendo mi inalterada costumbre, yo me hallaba sentado en el banco leyendo, o mejor, haciendo como que leía mi prensa deportiva, pues mi atención estaba pendiente de la llegada de la señora, que se produjo aproximadamente a la misma hora de siempre.

Pero ante mi sorpresa, y cuando yo esperaba reanudar la conversación del día anterior, ella se comportó como lo hacía antes, es decir, vino, saludó y se sentó guardando un estridente y sonoro silencio (lo de estridente me pareció en aquel momento). Me quedé con las palabras en la boca, pero no me atreví a romper aquel

escandaloso silencio. Tras unos segundos, en los que nada pasó, me refugié en la lectura de mi diario deportivo, y a partir de aquel día, no cruzamos palabra alguna aunque ella seguía acudiendo al banco. Hasta que un día volvió a ocurrir una novedad.

II

21 Junio, martes

Estábamos a finales de Junio. Yo seguía acudiendo a mi banco y mi misteriosa acompañante también, y como siempre, la incomunicación entre ambos se mantenía como el primer día. Tras una ausencia de tres o cuatro días, volvió a aparecer. Pero ese día, observé que la señora llevaba en su mano un librito de tapas rosas, que abría y cerraba nerviosamente. Pasado el tiempo que acostumbraba a hacerme compañía, se levantó, saludó y se fue. Yo seguí leyendo mi periódico, cuando por el rabillo del ojo, vi algo caído en el suelo. Se trataba del librito que había traído la mi asidua acompañante silenciosa. Miré a mi alrededor, tratando de localizarla, pero no vi ni rastro de ella. Recogí el libro y le eché una somera ojeada. Se trataba de uno de esos libros que se utilizaban para escribir en ellos un Diario Personal. «*Vaya -pensé- la señora lleva un Diario*». Al no poder localizarla, me lo llevé a casa con la idea de devolvérselo al día siguiente.

Pero al día siguiente, no apareció. Ni tampoco en los días siguientes. Cuando ya había pasado una semana, me decidí echarle un vistazo a su interior por si podía encontrar alguna dirección donde dirigirme para devolver el libro. Así es que con la aprensión propia de alguien que siente que está hurgando en las interioridades de otra persona, pero con la excusa de que lo hacía con la intención de encontrar una dirección para devolverlo, abrí el libro y me dispuse a buscar dentro de él, algo que me diera alguna pista sobre el paradero de su propietaria.

Lo primero que me llamó la atención, fue la perfecta caligrafía utilizada, manifestada en apretados y rectilíneos párrafos, sin rectificaciones ni tachones. Posé mis ojos sobre la primera línea:

3 de Enero, lunes.

Me muero. Los doctores me han dado seis meses de vida. Año nuevo, muerte nueva.

Cerré el libro violentamente, a la vez que instintivamente me echaba hacia atrás. La silla cayó al suelo con estrépito, produciendo un ruido que me pareció espantoso. En aquel instante, me consideré a mí mismo un miserable personaje tratando de violar el sacrosanto derecho de la intimidad. ¡Yo, que soy una persona celosa de mi propia intimidad, violando la ajena! El corazón me latía violentamente y noté que me faltaba aire en los pulmones. Aquellas pocas palabras, tremendas por su significado y por inesperadas, me produjeron un shock terrible.

Tras unos minutos de vacilación en los que me enfrenté a encontrados sentimientos sobre qué hacer, decidí continuar con su lectura. Abrí lentamente el libro, con temor, dispuesto a seguir leyendo aquella declaración de muerte. Antes de volver a posar mis ojos sobre aquellos párrafos, los cerré y permanecí así durante unos segundos.

3 de Enero, lunes.

Me muero. Los doctores me han dado seis meses de vida. Año nuevo, muerte nueva. Me han detectado un cáncer de pulmón, en fase terminal. Si sus cálculos son exactos, no llegaré a cumplir los 36 años. Cuando escribo esto, han pasado 48 horas desde que me han comunicado tan terrible destino. Esto me permite escribir con cierta coherencia. El momento terrible en el que los doctores, con cara de circunstancias, se han visto en la coyuntura de comunicarnos a mi madre y a mí tan difícil y contundente realidad, es de los que te marcan a fuego. La doctora Macías lloraba en silencio mientras leía, pidiéndonos constantemente perdón, mientras que el Doctor Pardo, muy emocionado, ha intentado varias veces sustituir a la doctora en la lectura del informe y hacerlo él mismo, cosa que la doctora no ha permitido. Mi madre, se ha venido abajo, y curiosamente, eso me ha afectado más que la noticia en sí. Verla así, completamente derrotada, transida de dolor, me ha trastornado. Extrañamente, desde mi alterada atalaya, observaba aquel desolador panorama a una cierta distancia, como si no fuera conmigo. Los demás lloraban por mí y yo sufría por ellos. Tengo que decir, que ese día me tuvieron que llevar a la habitación en silla de ruedas: tal era mi anonadamiento.

Ya estoy frente a mi realidad: la muerte. Algo en mi interior me dice que debo mirarla de frente, sin acobardarme. Eso, o sumirme en la desesperación y en la depresión. Y no estoy dispuesta a ello. Siempre he sido una persona animosa y conformista, aceptando las cosas como llegaban.

No quiero quejarme. No suelo hacerlo. Tan solo tengo pavor al dolor, al dolor físico. Para eso no creo estar preparada. Al día siguiente, durante la visita médica, he pedido a los doctores que me explicaran cual sería el proceso desde ese momento hasta el final. Me han explicado que en la fase terminal, la disnea, la tos y la fatiga y sobre todo los dolores se incrementarán. Eso sería, más o menos, uno o dos meses antes del final.

Por tanto tengo por delante cuatro meses de una cierta solvencia. Y no me voy a quejar de mi amargo destino, que dicho sea de paso, es igual que el de cualquier humano. La única diferencia es que yo tengo fijada más o menos una fecha. Aquí y ahora, hablaré por última vez de mi destino. El tiempo que me queda lo voy a aprovechar al límite.

Y para empezar, inicio este diario donde voy a dar rienda suelta a mis esperanzas y a mis creencias, sin límites ni cortapisas. Me siento libre para expresarme y mostrarme al mundo, tal cual soy, durante el tiempo que me quede. Espero que mi esfuerzo sirva de consuelo a quien quiera leerlo. Hoy muere una mujer asustada y miedosa y nace una mujer vital e inconformista.

María.

Me quité las gafas y las dejé sobre la mesa, a la vez que masajeaba mis doloridos globos oculares. Tenía la boca seca y la desazón se había apoderado de mí. Me hice un café bien cargado y me lo tomé lentamente, saboreando cada sorbo y siguiendo con la mirada perdida las columnas de vapor que surgían de la taza. Me acerqué a la ventana y miré al exterior. Abajo, la gente se desplazaba con fluidez de un lado para otro.

De repente me pareció que todas aquellas personas, incluido yo, pasábamos la vida sin realmente vivirla, sin tener consciencia de ello. Ahora todo me parecía absolutamente trascendente. Hasta las cosas más nimias.

Parecía como si de repente se hubiera apoderado de mí un ansia por disfrutar de cada momento, justo en el momento en que se produjera.

Se había hecho la hora de comer, y con la lectura del diario, me había olvidado de prepararme la comida. Decidí bajar al bar del parque a tomarme un bocadillo de calamares y una cerveza. Y luego continuaría con la lectura del aquel diario que me tenía fascinado.

III

21 Junio, martes

Ya estaba otra vez frente al diario. Con cuidado, dejé el humeante café a un lado (ya había perdido la cuenta de cuantos me había tomado), y procedí a abrirlo. Antes de continuar con su lectura, hice un primer repaso mental de la información que había obtenido de la lectura de la primera página. En primer lugar, su autora se llamaba María y tenía 35 años. A la vista de esa información, deduje que la señora con la que compartía banco en el parque debía de tener una relación muy directa con ella, dado que tenía acceso al diario. Llegué a la conclusión de que esa señora sería su propia madre. Y además, cerca de mi casa y por tanto del parque, estaba el Hospital General, por lo que muy posiblemente, ese hospital sería el lugar apropiado para tratar de localizarla y devolverle el Diario.

Pasé la primera página, y me dispuse a enfrentarme con la segunda entrega.

6 de Enero, jueves.

Hoy ha venido mi tío Luis. Es hermano de mi madre, y es mi tío favorito. Desde que volví del Hospital General, es la primera visita que recibo. Hacía bastante tiempo que no venía por casa. Supongo que mi madre le habrá llamado para comunicarle lo de mi enfermedad. Sea por lo que fuere, me ha alegrado mucho su visita. Es un solterón,....

¡Aja! Tal y como yo había pensado, María estaba ingresada en el Hospital General, y con seguridad, estaría acompañada de su madre.

En aquel momento, pensé que debía cesar la lectura del diario y acercarme hasta el hospital para devolverlo a su propietaria. Sentí un alivio liberador dentro de mí.

Mi yo interior no estaba muy satisfecho con lo que estaba haciendo y, aunque mi otro yo argumentaba razones para justificar su lectura, no acababa de sentirme bien.

Al día siguiente, y tras realizar mi paseo, me dirigí con decisión al hospital con el Diario de María en la mano. Tras orientarme por un momento, me dirigí hacia un mostrador donde varias empleadas trabajaban delante de sus pantallas de ordenador. Esperé brevemente antes de dirigirme a una de ellas. Una vez que le expuse mi caso, se justificó diciéndome que carecía de autoridad para darme aquella información, pero que no obstante, me pasaría con el Jefe de Servicio, por si ella podía atender mi petición. Luego desapareció dentro de un despacho y a los pocos minutos reapareció en la puerta, haciéndome señas con su mano para que me acercara hasta allí.

-Pase usted. Mi jefa le va a atender.-me dijo haciéndose a un lado para que pudiese entrar.

Una vez que estuve dentro, ella salió y cerró la puerta tras de mí. Una señora de mediana edad, me hacía señas con la mano para que ocupara una de las sillas que se encontraba enfrente de su mesa.

-Buenos días-me dijo-Me dice la compañera que está buscando a una paciente de este hospital para devolverle un libro que cree usted es de su propiedad.

-Exactamente-dije

-Bien. Como usted sabe, no podemos dar cierta información relacionada con el personal ni pacientes de este Hospital. Pero dado que es usted un escritor

conocido y, aunque no le podré facilitar dirección alguna, sí que al menos le daré cierta información. Por los datos que usted nos ha dado, hemos podido localizar a una paciente de nombre María y que padecía la enfermedad que usted ha comentado. Siento decirle que desgraciadamente esta paciente falleció el pasado día 14. Y también le puedo informar que el familiar que la acompañaba, era, en efecto, su madre. A esto le añadiré, que esta familia es de provincias, es decir no vive en Madrid. Y hasta aquí es todo cuanto puedo informarle. No sé si le servirá a usted de mucho, salvo constatar por lo que veo, algo que usted no esperaba: su fallecimiento-dijo.

Y así era, en efecto. No sé por qué razón, la idea de su muerte no se me había ocurrido ni por un momento. Máxime, cuando ese desenlace, justificaba la ausencia de la señora a nuestra "cita" del parque.

-No lo sabe usted bien. Realmente me ha afectado bastante-dije saliendo un poco de mi sorpresa-Bueno, pues eso es todo. Esperaré a que algún día la madre de esta chica se ponga en contacto conmigo para poder devolverle el libro.

Me levanté y estrechándole la mano abandoné el hospital. Cuando me vi en la calle, no sabía qué hacer con el dichoso diario. Con paso ligero me dirigí hacia el bar del parque. Necesitaba con urgencia un café bien cargado.

Delante de mi café, volví a darle vueltas a todo el asunto en mi cabeza. Y una idea empezó a tomar forma. El fallecimiento de María había ocurrido el día 14. Lo normal es que tras el fallecimiento, se trasladara el cadáver a su ciudad de procedencia para proceder a su entierro. Sin embargo, su madre acudió a nuestra "cita" tres días más tarde, el 17, viernes. Realmente, ¿qué hacía ella en Madrid? ¿Por qué volvió su madre al banco en el que yo me encontraba leyendo, llevando el diario en sus manos? ¿Acaso el diario de una persona fallecida, no se

guarda en un armario junto con otros objetos de esa persona? Recordaba ahora su nerviosismo manejando el librito.

Yo empezaba a intuir que aquel diario no estaba en mis poder por casualidad como había creído hasta entonces, sino que en realidad había sido puesto en mis manos obedeciendo a un objetivo, siguiendo un, para mí, imprevisible plan. Pero ¿cuál y por qué?

Los nervios empezaron a apoderarse de mí, y de nuevo sentí el cosquilleo que tuve cuando leí la primera página. La diferencia es que ahora, según este nuevo enfoque, no estaría violando la intimidad de una persona, pues por alguna razón que desconozco, se pretendía que yo leyera el diario. Posé mi vista sobre las tapas rosas del diario. Un corazón y unas amapolas decoraban la portada, junto con la leyenda "Mi Diario". Terminé mi café, cogí el libro y me volví a casa dispuesto a leer aquel Diario que alguien deseaba que yo leyese.

Solo con su lectura podría desvelar todos los interrogantes que me tenían en vilo. Y esta vez lo leería de cabo a rabo.

6 Enero, jueves

Hoy ha venido mi tío Luis. Es hermano de mi madre, y es mi tío favorito. Desde que volví del Hospital General, es la primera visita que recibo. Hacía bastante tiempo que no venía por casa. Supongo que mi madre lo habrá llamado para comunicarle lo de mi enfermedad. Sea por lo que fuere, me ha alegrado mucho su visita. Es un solterón, que no ha tenido ni tiempo ni ganas para buscarse una buena chica y casarse. Es muy divertido y ha recorrido mucho mundo.

A los 14 años se escapó de casa, montó en un tren que iba a La Coruña, y una vez allí, se embarcó como polizón en un barco de pasajeros que iba a Brasil. Cuando fue descubierto en una revisión rutinaria, lo enviaron a la cocina donde lo pusieron a lavar platos. Cuando llegó el momento de desembarcar, se ocultó de nuevo para evitar que las autoridades aduaneras lo detuvieran y lo pasaportaran de vuelta a España.

Una vez que puso el pie en el muelle de Fortaleza, se mezcló con la gente y desapareció entre el bullicio. Su vida a partir de entonces fue dura y peligrosa. Pero él siempre nos contaba divertidas anécdotas que dudo mucho que alguna fuera verdad. Pero mientras él contaba aquellas aventuras, quienes le escuchábamos nos olvidábamos de todo lo que nos rodeaba.

Nos abrazamos y me apretó con delicadeza contra su pecho. Noté el estremecimiento de su cuerpo al no poder evitar un sollozo. Mantuvo su abrazo, hasta que se recuperó y entonces sentí cómo relajaba su abrazo. No quería que yo le viese llorando, por lo que he disimulado también para no hacerle más penoso el trago.

Es curioso, pero desde que tengo fecha de caducidad, me veo en la necesidad y obligación de consolar a quienes me visitan. Y debe resultar un tanto raro que precisamente yo, gaste bromas y le quite hierro a mi situación. Veo la incomodidad en sus ojos, en sus gestos y en sus palabras, y francamente, solo por eso lo paso mal.

Mi madre sufre en silencio. Observo que cuando vienen las visitas, sobre todo las que se producen por primera vez, busca cualquier excusa para desaparecer. Ella no entiende mi actitud ante mi destino. Tal vez entendería que yo estuviese postrada en un sillón o tirada en la cama. Quizás eso encajaría más en su forma de ver y entender una situación como la mía. Y no entiende que su sufrimiento es también mi sufrimiento.

Como siempre, mi tío nos ha hecho pasar una tarde agradable. Hemos reído y disfrutado con sus historias y con ello, como siempre, ha logrado hacernos olvidar por unos momentos de todo cuanto nos rodea y amenaza. Se ha quedado a comer y cenar. Hoy nos ha vuelto a referir una historia que ya conocíamos de veces anteriores y que era conocedor de que nos divierte mucho. A modo de homenaje a mi tío Luis, la voy a incluir en el Diario. Un beso tío. Te quiero.

Cuando el barco en el que iba de polizón, hizo escala en Fortaleza, se zafó de quienes lo vigilaban mezclándose con la gente. Anduvo errante por la ciudad durante varios días hasta que logró un pequeño trabajo que le permitió adquirir un billete de autobús que le condujo a Belem. Cuando se instaló en la capital del estado de Pará, se puso a trabajar en una empresa maderera que pagaba un sustancioso salario debido a las precarias condiciones de trabajo, bastante penosas y corriendo peligros ciertos, y que talaba indiscriminadamente árboles en la selva, especialmente los gigantescos ibirapitás y timbós. Los trabajadores vivían en unos barracones junto al trabajo, donde justo tenían un catre

y un lugar para hacer sus necesidades y efectuar un mínimo cuidado higiénico.

Los días de descanso y festivos, se desplazaban en los camiones de la empresa a un poblado no muy lejano para que dieran rienda suelta a sus "necesidades" como decía mi tío y se dejaran allí buena parte del jornal que ganaban tras duras jornadas de doce horas. Mi tío gastaba lo mínimo posible, porque su objetivo era ahorrar la mayor parte de su salario, para montar un pequeño negocio en Belem.

Sin embargo, un día, bebió más de la cuenta y poco acostumbrado a la bebida, y mucho menos a las que se servían en aquellos tugurios, cogió una borrachera que lo puso al borde del coma etílico. Cuando ya no le sirvieron más alcohol, se empeñó en volver a la base de trabajo andando, recorriendo los vericuetos y peligrosos caminos de vuelta, los cuales cruzaban la inextricable selva, exponiéndose a numerosos peligros en forma de serpientes, jaguares y otros "animalitos", a cual más peligroso. En su estado de embriaguez, no consideró estos peligros y tambaleándose, se adentró en la selva camino de su barracón. Quienes lo vieron en este estado, lo dieron por finiquitado.

No llevaba andados muchos kilómetros, tan solo tres o cuatro, cuando se encontró de repente rodeado de indígenas con las caras pintadas. Creyó que aquello formaba parte de una alucinación, y bien fuera debido al mucho alcohol que llevaba en su cuerpo, o por la impresión que se llevó, el caso es que perdió el conocimiento. Cuando se despertó al día siguiente, se encontró rodeado de pequeños indígenas que lo observaban con curiosidad, admirados por su piel, cabellos y vello extendido por todo el cuerpo. Hablaban entre ellos en un lenguaje que no entendía, pero al poco de estar incorporado, le trajeron de comer con gran pompa, a la vez que le presentaban a una mujer pequeña y desdentada que mostraba sus pechos lacios y caídos y

con el cuerpo cubierto de llamativos dibujos pigmentados de un fuerte color rojo y verde.

Todo el mundo reía y le daba palmadas y la que más reía era la mujer desdentada y de pechos caídos. En medio de tantas bromas y celebraciones, se presentaron en el poblado personal de su empresa, quien después de hablar largo y tendido con aquellas gentes, y dejarles unas cuantas botellas de agua y otro tipo de víveres, se lo llevaron de allí, dejando a todos cariacontecidos, y a la mujer llorando en un rincón. A todo esto, mi tío estaba completamente ajeno a todo lo que estaba pasando allí, pues no entendía ni el idioma ni lo que se estaba negociando. Luego le explicaron que habían llegado a tiempo de evitar su boda con aquella indígena, lo que casi le produjo un nuevo desmayo.

No paramos de reír durante todo el relato, aunque sabíamos de antemano su desenlace. Pero mi tío tenía gracia y una chispa especial contando las cosas y no te podías sustraer la sonrisa. Sobre las diez de la noche se ha marchado, no sin antes darme un fuerte abrazo y otro a mi madre, ya junto a la puerta. No he podido evitar oírles llorar a los dos.

Por las noches me cuesta conciliar el sueño. Sumida en la completa oscuridad, mantengo mis ojos abiertos mientras que mis pensamientos me llevan por inextricables caminos, recuperando recuerdos y vivencias que tenía completamente olvidados. Solo de cuando en cuando, viene a mi mente mi pronosticado destino que rechazo de inmediato.

Vienen a mi recuerdo escenas de mi niñez con extraña nitidez. Recuerdo mis peleas con mi hermana mayor, Marta, por cualquier nimiedad y por la disputa de un juguete o cualquier cosa. A pesar de ser hermanas, éramos como al agua y el aceite. Ella era seria e introvertida. Yo alegre y extrovertida. Ella menuda y yo rolliza. Recuerdo que yo hacía a menudo de abogado de pobres.

En el colegio siempre estaba metida en líos protegiendo a los más débiles de los abusos. Aunque a veces salía trasquilada. Aún recuerdo el enfado de mi madre el día que aparecí en casa con un ojo morado, debido a un puñetazo que me dio un chico más grande que yo. Pero eran los gajes del oficio. Todavía me río de buena gana cuando lo recuerdo.

Creo que por hoy ya basta. Se me han hecho las tres de la mañana y hace rato que estoy oyendo a mi madre refunfuñar porque ve que aún estoy levantada.

María.

Yo estaba admirado por la claridad de exposición de la que hacía gala María. Verdaderamente tenía madera de escritora. Pero si admiraba sus dotes literarias, más asombrado me dejaba la actitud y la presencia de ánimo que había adoptado y de la que hacía gala. No solo no se amilanaba ante su panorama personal, sino que miraba cara a cara a su destino, asumiendo su inevitabilidad e ignorándolo, sacando de esa inquebrantable determinación fuerzas de la flaqueza. Cuando uno es capaz de asumir los retos de la vida tal y como vienen, sin quitar ni añadir nada, normalmente también es capaz de amoldarse a los nuevos envites. Evidentemente, ella poseía esta capacidad de absorción y moldeo y no permitía que sus ritmos vitales se vieran afectados por las turbulencias presentes y futuras. Por otro lado, y bien considerado, esa era su única salida, pero no todos son capaces de ponerla en práctica.

Tan solo había leído dos anotaciones y ya sentía una profunda admiración por aquella perfecta desconocida de nombre María.

Me levanto de la silla y miro mi reloj. Son las doce y media y todavía no me he preparado la comida. Haré algo rápido. Unas judías verdes y un bistec a la plancha. Mientras estoy faenando en la cocina, mi mente sigue

ocupada con el Diario de María. No me lo puedo quitar de la cabeza. Aún estoy impresionado con el fatal desenlace.

Liquido la comida en un suspiro y me dispongo a sentarme de nuevo para seguir con su lectura. Antes, me hago una cafetera porque me temo que la voy a necesitar. Cuando ya está todo preparado, me siento en mi sofá favorito, enciendo la luz y pongo el café en una mesa camillera, al alcance de mi mano. Abro el libro y voy directamente a la tercera anotación.

8 Enero, sábado

Está lloviendo. Y lo hace de forma incesante y silenciosa, empapando la tierra y a los valientes que se atreven a deambular por la calle, que confiados por su liviandad, lo hacen sin la protección de un paraguas. Con seguridad que terminaran calados hasta los huesos. Según parece, un frente de nubes procedente del oeste, nos está barriando en dirección al este, y nos va a dejar lluvia generalizada por todo el día.

Desde mi ventana veo caer las finísimas gotas a la vez que oigo el suave murmullo de su constante golpeteo contra el suelo. ¡Qué le voy a hacer! Me gustan los días lluviosos y tristes. Tienen la virtud de hacer que me concentre en mi misma. Estimulan mi imaginación y mi vida interior. No sé por qué, pero mi mente se vuelve de repente más fértil y mi cabeza se llena de mil ideas y proyectos.

*Al resguardo de la lluvia y con la calefacción caldeando la habitación, arrebujada en mi sillón y enfundada en un chándal, me dispongo a leer un libro que me enganchó desde la primera línea. Se trata de "**Los pilares de la tierra**", de Ken Follet. Su acción transcurre durante la edad media, época por la que tengo una gran predilección y una gran curiosidad.*

Creo que fue durante esta época cuando los hombres sufrieron terriblemente los efectos del despotismo, la brutalidad y la intransigencia, producto de una profunda y secular incultura, fomentada por los que ostentaban el poder. El ser humano se enfrentaba a las enfermedades sin ningún tipo de ayuda. Tan solo con sus propias defensas, de por sí mermadas por falta de alimentación adecuada. Con índices de mortalidad

brutales, y con unos conocimientos rudimentarios sobre las causas que producían las enfermedades, y que en la mayoría de los casos eran espermáticos y absurdos, sostenidos como "absolute vera" por los médicos de la época, verdaderos ignorantes presuntuosos, se enfrentaban a la vida con absoluta normalidad y resignación.

Esto me hace reparar en que los humanos están sujetos a las limitaciones de los tiempos en los que les toca vivir. Me horroriza pensar en la posibilidad de que yo hubiera tenido que vivir en aquella época. Sin hospitales, doctores competentes, escuelas, carreteras, luz eléctrica, televisión, libros, teatros y mil cosas más. Solo en pensar en las condiciones higiénicas de aquellos tiempos se me revuelven las entrañas. Y sin embargo, aquellas gentes no añoraban lo que desconocían, ni pensaban que tirar a la calle por la ventana los orines y desperdicios, no fuera de lo más normal.

Otra señal de identidad de aquellos tiempos, era el abuso de todo tipo que cometían los señores feudales con sus súbditos, y que estaba asumido por estos con absoluta naturalidad, y paradójicamente, constituían uno de los pilares dentro de las normas que les habían inculcados desde su nacimiento: el señor era poseedor de todos los derechos y podía hacer y deshacer a su antojo. Sus vidas y exiguas propiedades pertenecían por entero al señor, y a cambio, él les daba protección frente a terceros. Esa situación que a nosotros nos sublevaría, a ellos les parecía natural. Al igual que yo no añoro lo que vendrá detrás de mí, ellos tampoco lo hacían entonces. Y en cada época tenemos nuestras servidumbres: la impersonalidad, el sobre-dimensionamiento, la aglomeración, el individualismo, el egoísmo, la prisa son nuestras cadenas actuales, es el precio que tenemos que pagar por progresar. ¿Progresar?

Hace unos años, trabajaba como voluntaria en una ONG que actuaba en Mozambique manteniendo una

serie de escuelas para niños y niñas huérfanos y víctimas de la guerra. Recuerdo, cómo aquellos niños, con auténticos dramas a sus espaldas, se limitaban a vivir el instante que les era permitido vivir, porque al siguiente bien podría ser que ya no existieran. Y sin embargo, en esa vorágine mortal, eran completamente felices teniendo entre sus manos ese cuenco de arroz o maíz, o esa raíz con forma de caballo, perro o gallina. Jugaban al fútbol con una pelota que se habían hecho con un atadizo de trapos. Yo escuchaba sentada en la escalinata de la puerta, sus gritos alegres y despreocupados, sus ir y venir y sus juegos infantiles, sin el menor temor por su porvenir, pues no lo tenían, y por tanto tampoco lo valoraban. Esto tengo ahora, esto soy. Mañana, si es que hay mañana, ya se verá. El mañana era un plazo muy largo.

Ante todo esto, mi reflexión es que las personas utilizamos gran parte de nuestro tiempo, pensamientos y esfuerzos en preocupamos de nuestro futuro, y en la medida que lo conseguimos o no, se afecta nuestra felicidad personal. Tal vez deberíamos preocuparnos un poco menos del futuro y un poco más de nuestro presente. Como individuos, deberíamos equilibrar convenientemente nuestros esfuerzos en pos del futuro como del presente. A veces, fijamos la mirada en un punto lejano del horizonte y no reparamos en nuestro alrededor. Es como si quisiéramos construir un jardín en la casa del vecino de enfrente y el nuestro estuviera yermo e invadido por las malas hierbas. ¿No sería eso una incongruencia? No digo que no debemos pensar también en el futuro de nuestros hijos, pero a cambio no deberíamos olvidarnos de nosotros mismos. ¿Acaso los hombres no hemos ocupado este planeta para ser felices? ¿No debería ser ese nuestro objetivo? ¿No deberíamos construir un mundo hecho a nuestra escala, en vez de hacerlo monstruoso de forma que nos domine y nos sobrepase por todos los lados? ¿No nos estamos creando

demasiadas expectativas, que bien mirado, podríamos pasar sin ellas? ¿Tiene sentido que nos hagamos infelices los unos a los otros? ¿Para eso estamos en este mundo?

Preguntas y más preguntas. Sin quererlo, veo que me he puesto trascendental, por lo que voy a dejarlo aquí. Mañana será otro día.

Procedente de la calle sigo oyendo un suave murmullo, ergo, sigue lloviendo.

María.

He suspirado profundamente. Tengo que meditar con tranquilidad sobre el mensaje que se desprende de estas líneas. Desde luego, es toda una filosofía y una forma de vida. Pensamos en el mañana sin tener asegurado el hoy. Nos embarcamos en proyectos de futuro inducidos por quienes nos dirigen, quienes a modo de modernos encantadores de serpientes, nos han metido en la cabeza como absolutamente necesarios, de forma que nuestra vida sería mucho más desgraciada si no contáramos con ellos. Y ahí es donde realmente está el peligro: han metido en nuestras vidas un caballo de Troya que anhelaremos con todas nuestras fuerzas, haciéndonos sentir desgraciados si no llegamos a conseguirlo. Ciertamente, hoy en día valoramos más lo que está por venir que lo que ya tenemos en nuestras manos. Nos olvidamos muy pronto del elevado precio que hemos tenido que pagar para obtener nuestro presente.

10 Enero, lunes

Hoy he ido a la oficina por primera vez desde que estuve ingresada en el hospital para las pruebas, hace ya una semana. Ha sido un día muy triste y doloroso. Cuando he hecho mi aparición, todo el mundo ha dejado de trabajar. Se les notaba tensos y preocupados debido a que conocían que iba a ir a trabajar y también eran conocedores de mi diagnóstico, porque yo se lo comuniqué a mi mejor amiga, Irene, que trabaja conmigo en el Departamento de Exportación, rogándole que lo hiciera extensivo al resto. Como consecuencia de ello, todos estaban bastante nerviosos ante el inevitable momento del encuentro, porque en estas situaciones nunca sabes cómo actuar para no caer en el exceso ni en el defecto: no quieres parecer excesivamente distante, tratando de quitar hierro al asunto, que pueda ser interpretado como desinterés, ni pecar de exceso de interés en los detalles, porque podrías producir un dolor que no quieres provocar. Por eso, yo iba preparada para ayudar a pasar el trago a mis compañeros, porque yo también sufría lo mío ante su propio sufrimiento.

Me he detenido durante unos segundos ante la puerta de acceso a la oficina, aspirado fuertemente y he entrado con decisión. Al abrir la puerta, todos se han vuelto hacia ella. Y allí estaba yo, un poco vacilante, pero tras una fracción de segundo de indecisión, me he dirigido directamente hacia mi mesa de trabajo. Y en medio de aquella expectación, no he podido evitar el convertirme en observador de las reacciones de mis compañeros. Continuaban mirándome con intensidad pero ninguno tomaba la iniciativa de salir a mi

encuentro. Evidentemente esperaban mi visita y estaban expectantes e indecisos.

Hasta cierto punto, se había producido una situación un poco forzada. No sabían qué hacer. Finalmente, mi amiga Irene, sin poder contenerse, ha venido hacia mí llorando. Yo tampoco he podido aguantar más la tensión y las dos, fundidas en un abrazo, hemos llorado intensamente. La acción de Irene produjo el instantáneo desbloqueo de los demás, quienes al unísono, liberados ya de su inmovilidad, se acercaron hacia nosotras. Me impresionó ver como algún compañero se enjugaba una lágrima con el pañuelo, tratando de contener su emoción. Poco a poco, me fui abrazando con todos y cada uno de ellos, notando por su lenguaje corporal que me transmitían su pena y sus ánimos. Al poco, se ha formado un círculo en derredor mío. Yo les he agradecido su emoción y cariño, y les he largado un pequeño discurso que llevaba preparado. En resumen, les he dicho que si se mira bien, nada ha cambiado, salvo que ciertas cosas sucederán en un momento determinado. Y que ante eso, solo había dos posturas: o dejar que eso marcara el resto del tiempo que te quedaba de vida sumiéndote en un estado de amargura, o ignorarlo, y seguir como si no existiera, aunque supiéramos que estaba ahí. Yo había decidido optar por la segunda opción, y les pedía que ellos me ayudaran a lograrlo, actuando como lo habían hecho hasta aquellos momentos. Nuevamente nos hemos abrazado y hemos dado inicio a nuestras tareas cotidianas.

A mitad de mañana, me han llamado a dirección, donde el Director General me ha ofrecido la posibilidad de hacer con mi horario lo que mejor considerase, pues la empresa se ponía a mi disposición. Le he repetido lo mismo que les había dicho a mis compañeros y él lo aceptó totalmente. Pensaba hacer una vida normal hasta que la enfermedad me impidiera hacerlo. El hombre se

ha quedado muy impresionado al ver mi actitud. Me ha comentado que el sería incapaz de tomar la decisión que yo había tomado. De cualquier modo, me dijo, te has convertido en un ejemplo a seguir.

Bien, ya he pasado el mal trago al igual que mis compañeros. Poco tiempo después de este inicio tan triste y lacrimoso, he empezado a sentirme "normal", al igual que el resto. A todos nos convenía "olvidar" y ya nos hemos comportado como la hacíamos unas semanas antes. Esto es lo que yo necesito. Y en este momento, estoy realmente agotada. Las emociones agotan, y me voy a meter en la cama en este preciso instante. Hasta mañana.

María.

Me imagino el trago terrible que supone encontrarte con tus compañeros de trabajo. La tensión debía ser eléctrica. Sin embargo lo ha superado con una gallardía insuperable. Tiene razón, cuando dice que le toca animar y ayudar a los demás a pasar el mal trago. A todos nos ha tocado pasar alguna vez por una situación parecida, y se pasa muy mal. Está decidida a continuar su vida como si nada hubiera ocurrido.

13 Enero, jueves

Hoy he estado de compras con mi madre en el Corte Inglés. Nos hemos comprado ropa y hemos pasado el día fuera de casa. Las dos lo hemos pasado muy bien. Creo que a ambas nos hacía falta pasar un día juntas. A ratos, la he visto un poco más animada.

*Una vez realizadas las compras, hemos comido en la cafetería del propio centro comercial y para rematar el día con una guinda apropiada, nos hemos ido al Teatro Real a ver la ópera "**El Barbero de Sevilla**", con María Bayo en el papel de Rosina y Juan Diego Flórez en el papel del conde Almaviva. Tanto mi madre como yo somos verdaderas aficionadas a la ópera y al teatro. Siempre que podemos nos escapamos al teatro. La función ha resultado ser un éxito total. Hemos aplaudido a rabiar, junto con el resto de espectadores.*

A la salida hemos decidido volver andando. Cogidas del brazo, ha sido un largo paseo pero ha merecido la pena. Ya cerca de casa, nos hemos tomado un chocolate con bollos en una cafetería cercana. Cuando hemos entrado en casa, estábamos rendidas pero satisfechas.

Ha sido un día especial, vivido muy intensamente por las dos y en el que nos hemos dedicado la una a la otra. Y como no podía ser de otra manera, hemos coincidido en todo. Lo nunca visto. Pero ambas sabíamos la razón. Siempre hemos estado muy unidas.

María.

15 Enero, sábado

Mi hermana mayor Marta, de igual nombre que mi madre, nos ha llamado desde los EEUU. Hemos estado hablando cerca de una hora y nos hemos animado mutuamente. Luego ha hablado con mamá y me imagino de lo que habrán hablado, porque ha terminado llorando.

Marta siempre ha sido muy introvertida y apenas nunca comentaba nada de lo que le pasaba fuera. De pequeña, cuando íbamos al colegio, una niña le hacía la vida imposible y jamás lo comentó en casa. Hasta que un día apareció el libro de lectura de aquella abusadora hecho jirones. Se armó un escándalo de tomo y lomo, y mi hermana en vez de ocultarse, levantó la mano y ante el estupor general, incluida la maestra, confesó que había sido ella, y que lo había hecho porque la niña aquella la estaba amenazando y metiéndose con ella todo el tiempo. Y fue en aquel momento cuando nos enteramos en casa del problema. Todo el mundo dio por buenas las explicaciones de mi hermana, aunque le cayó un buen castigo.

Yo soy todo lo contrario. Tenía, tengo, en mi madre una confidente paciente y comprensiva. Con mi hermana, a pesar de que solo nos llevamos catorce meses de diferencia, pareciera como si perteneciéramos a generaciones diferentes. No coincidíamos en casi nada: ropa, juegos, comidas. Discutíamos por todo, por cualquier nimiedad.

Y digo que no coincidíamos en casi nada, porque en algo sí que coincidíamos para mi desgracia: en los chicos. Nos gustaban los mismos. Y tal vez por ello, estábamos siempre discutiendo. Como quiera que yo era

más abierta, más lanzada, iniciaba normalmente la amistad con un chico, y aunque yo procurara por todos los medios mantener a distancia a mi hermana, era misión imposible: siempre lo conseguía. Y claro, ella era delgada y alta y yo pequeña y regordeta, con lo que la "presa" me duraba más bien poco. La "leona", que así la llamaba yo, desde que vi cómo una leona le quitaba a una hembra de guepardo, la gacela que había cazado con gran esfuerzo. Así me sentía yo ante aquel continuo expolio.

Pero eso no es obstáculo para que sintamos un profundo cariño una por la otra. Conforme han pasado los años, las diferencias "generacionales" han ido desapareciendo y ya coincidimos en muchas más cosas que antes. Ella finalmente se casó con un chico que conoció en una reunión de amigos. Han tenido dos hijos y viven felices en Estados Unidos.

Yo por el contrario, no he llegado a casarme, y francamente, no me preocupa nada en absoluto. Mi vida, una vez terminados los estudios en la Universidad, ha sido un tanto errática. En la Universidad, entré en contacto con grupos de voluntarios pertenecientes a diversas ONG. Y como es lógico, dada mi idiosincrasia, me apunté a una de ellas. Mozambique fue mi primer destino. Y allí tuve mi primer contacto con la pobreza y la miseria, en su grado más absoluto.

En medio de aquel dantesco escenario, los niños mostraban la mejor de sus sonrisas y con la felicidad instalada en sus corazones. ¿Eran conscientes de su pobreza? En modo alguno, pues desde generaciones habían visto siempre lo mismo, de forma que la ausencia de todo, era un estado de normalidad consustancial con sus vidas. No se desea lo que no se sabe que existe.

Somos los que venimos de fuera los que hablamos de pobreza. Más de alguna vez me he preguntado, sobre quien era más pobre, si ellos o nosotros. Es muy lamentable ver que la falta de agua se lleva las vidas de

hombres y ganado y sin embargo, el agua existe en abundancia en el subsuelo. Pero dados los medios que poseen, les es muy difícil llegar hasta ella. O que mueran por enfermedades que con una simple vacuna se evitaría.

Esos niños solo viven el presente. Y gracias. El futuro es algo que no les preocupa porque ni siquiera lo consideran. Ver morir a sus padres, hermanos, amigos, a causa de enfermedad, violencia o hambre, forma parte de su entorno habitual. ¿A qué fin han de preocuparse, si siempre ha sido igual y forma parte de su existencia, como el aire, los ríos, el ganado, las flores o los pájaros? ¿Cómo van a preocuparse de cosas que no han visto nunca?

Y esta realidad, que les obliga a conformarse simplemente con lo que tienen, poco o nada, y a vivir el momento presente agradeciendo el hecho de estar vivos, es lo que les produce ese estado de felicidad.

La ausencia de referencias les evita tener que elegir, pero tarde o temprano el sufrimiento hace fácil presa en ellos. Sobre todo, la excesiva crueldad de las luchas tribales, por odios atávicos que nadie que no sea de allí entiende o conoce, les llena de horror y dolor, siendo testigos de primera mano del asesinato de su familia y de todo el poblado. La muerte, en sus diferentes variantes, forma parte de las reglas del juego.

Creo por tanto, que la felicidad no se basa tanto en cuánto poseemos o podemos poseer, sino en nuestra capacidad para extraer todas las posibilidades a todo lo que tenemos y nos rodea, ya sean personas, animales o naturaleza.

Pero, ¿hay alguien interesado en que las cosas cambien? Creo que no. Además, tengo serias dudas sobre si en occidente estamos capacitados para realizar ese cambio. Pretender exportar nuestro modelo y formas de vida a toda esta gente, estoy segura de que es un monumental error. Y dramático, sobre todo para ellos.

En nuestra concepción del mundo, creemos que cambiar sus caminos de tierra por autopistas y carreteras, sus poblados por ciudades, sus inmensas praderas inundadas de vida salvaje por inmensos zoos, es lo correcto. Lo dudo.

¿Qué podemos hacer por ellos desde este lado del mundo? Podríamos empezar por evitar sus inhumanas masacres tribales, evitando armar a ciertos grupos violentos, que todo el mundo sabe cuáles son. Ayudarles a crecer de acuerdo a su idiosincrasia. Estando, no imponiendo. No apoyar a gobernantes corruptos y sanguinarios.

El mundo "civilizado" clama desde todos los foros contra la injusticia que se comete con tantos millones de personas, pero salvo esto, nada más se hace. Tal vez sea lo mejor para ellos. Podríamos ayudarles a explotar mejor sus campos y cabañas ganaderas y a conseguir agua del subsuelo, lo que eliminaría de entrada un gran número de enfermedades y les permitiría regar sus campos. Las "víctimas" permanecen ajenas a este clamor, porque no entienden lo que son incapaces de ver. En su inframundo no existen referencias con las que comparar su situación. Ni falta que les hace.

Desconozco cuál es la solución a este problema. Solo que las que proponemos, me ofrecen serios motivos de preocupación. Justicia no es dar a todos lo mismo, sino lo que le corresponde a cada uno. Como decía Jean de la Bruyère, "Una cualidad de la justicia es hacerla pronto y sin dilaciones; hacerla esperar es injusticia".

Bueno, he releído lo que he escrito y estoy asustada. Así que ya es suficiente por hoy.

María.

Sigo bajo un profundo sentimiento de perplejidad. Leo con avidez. Mis ojos buscan con ansiedad la siguiente línea, y no pocas veces, tengo que volver a releer lo leído para captar en toda su extensión el fondo de lo que dice

María. Capto segundas y terceras lecturas, a cada cual mas interesante. Su punto de vista se nutre del hecho de haber vivido *in situ* la situación del tercer mundo. Por tanto, algo debe de conocer sobre lo que habla.

16 Enero, Domingo

Mi madre se ha empeñado en que la acompañara hoy a la iglesia. Ella suele asistir a misa con cierta frecuencia, aunque no lo hace todos los domingos. Sin embargo, las fiestas importantes de la iglesia las guarda con rigurosidad. Los viernes de guardar, que así los denomina, en casa no se probaba la carne, y el menú de la comida y de la cena estaba formado a base de pescado. Aquello no era negociable. Cuando éramos pequeñas nos obligaba a mi hermana y a mí a acompañarla sin rechistar. Luego, con el tiempo, como suele suceder en estos casos, cuando se alcanza una cierta edad, y sobre todo, desde que nos independizamos, dejamos de ir a misa por obligación, haciéndolo en alguna ocasión, cediendo a la insistencia de ella.

Desde mi vuelta del continente africano, no había ido a la iglesia, ni había sentido la necesidad de hacerlo. Carezco de creencias sobre el más allá y la otra vida. No veo necesidad alguna de ellas. Premio y castigo, salvación o condena: el eterno dilema dual humano.

El caso es que he aceptado su requerimiento con naturalidad, sin decir nada: tampoco tengo mayor inconveniente en asistir a misa cuando la ocasión así lo reclama. En mis tiempos de África, tuve que asistir muchas veces acompañando a los niños a un barracón donde se celebraba misa, porque en su aldea, la gran mayoría eran católicos.

Y curiosamente, durante el tiempo que duraba su celebración sentía miedo porque con cierta frecuencia llegaban noticias de asaltos a iglesias o centros de religiosos por parte de grupos sanguinarios cuando estaban celebrando los servicios religiosos, y con excusa

de la religión, organizaban auténticas orgías de sangre. Siempre atenta al exterior, y mirando de reojo la puerta, lo pasaba realmente mal. Esta sensación de pánico me desaparecía cuando salíamos de misa. Nunca he entendido esta sensación. No le encuentro explicación.

Como decía, de niñas, tanto mi hermana como yo, fuimos educadas en un colegio católico recibiendo la formación religiosa que se impartía en los Centros religiosos.

Cuando me preguntaban mis niñas de Mozambique sobre mi religión, yo les decía que era católica y me callaba lo de "no practicante". Sobraba en aquel contexto y tampoco lo hubieran entendido. Esta creencia de un mundo mejor, ubicado en los cielos, a la vera de Dios, no me convence nada. Es aquí donde debemos y queremos tener ese mundo mejor. Además esa dualidad de premio-castigo, está sospechosamente adaptada a uno de los conceptos humanos por los que nos regimos principalmente y que yo denomino la eterna dualidad existencial. Eres bueno, tienes premio. Eres malo, tendrás castigo. Estamos hartos de ver que esto, con demasiada frecuencia, no resulta así. Al menos, en esta vida y en este mundo, no.

Ante esta evidencia, la religión habla del "otro reino", del más allá, y nos dice que los buenos y los pobres triunfarán y los malos y ricos serán condenados a las llamas eternas a modo de venganza divina, ya que como en este mundo, no se nos hace justicia, la recibiremos en el otro. Concepto este, el de la justicia, que encaja perfectamente con nuestra humana condición, según el cual, los justos triunfan y los perversos pierden. Siempre.

También tengo que reconocer, que sin este doble filo, en los tiempos antiguos hubiera sido difícil controlar los excesos de muchos reyes y señores. Increíblemente, la amenaza del castigo eterno, amedrentaba a más de uno

y contribuía a que sus excesos no fueran todo lo extremos que hubieran sido de no temer el castigo divino.

Ya he dicho que yo no poseo convicciones religiosas y no siento ningún vacío interior, lo cual no impide que respete a la gente que tenga fe ciega en ese Dios que no vemos, o en ese Dios justiciero que nos hará justicia en cuanto pongamos nuestra alma ante Él. Si esa fe en alguien supremo, de poderes extraordinarios, ayuda a algunos seres humanos a sobrellevar mejor las inclemencias que nos presenta la vida, me parece muy legítimo. Por tanto, mis respetos hacia las personas que basan su fe en Dios, a diferencia de mí, que lo hago en mis propias convicciones, entre las que no aparece ese Dios vengativo y vengador que me hará justicia y castigará a los infames. Por tanto, y parafraseando a Hamlet, "Creer o no Creer, esa es la cuestión".

Los humanos necesitamos creer en algo, aunque sea algo tan limitado, como en nosotros mismos. Yo siempre he tenido una gran vida interior, que es mi yo ético. Desde él, siempre procuro entender la posición de los otros poniéndome en su lugar, en un intento veraz de comprender sus puntos de vista, y tratar de moderar mi respuesta ante algo que no es de mi agrado.

Cuando salimos de misa, la invité a comer a un restaurante. Al principio se ha quejado un poco, debido a su arraigada costumbre a ahorrar, pero la he convencido aduciendo que nos vendría bien comer fuera de casa y luego dar un paseo aprovechando que el sol se había dignado a aparecer. Durante la comida la he visto un poco más relajada, lo cual me ha llenado de alegría. Solo le pido a Dios (sí, ya sé), que la ayude un poco en este trance.

Y así hemos llegado al final de un día más.

María.

Entiendo perfectamente lo que quiere decir María. Somos muchos los que pensamos que no son necesarias

creencias religiosas para actuar de forma correcta en la vida. Es la ética y la educación la que nos hará personas de bien. No es necesario creer en algo para ayudar a los demás o entender que no hay que robar ni matar al prójimo. Ella lo explica claramente, con sencillez. Sin embargo, en algún pliegue de nuestra alma, conservamos una esperanza que se aproxima mucho a la creencia en un ser superior, llamémosle Dios, Allah, Buda o Shiva. Simplemente “algo” que todo lo pueda. Creo que todos albergamos en nuestro interior ese íntimo deseo de que estaría bien que eso fuera verdad. Al fin y al cabo nuestra *psiquis* exige *sine qua non*, que las cosas tengan un principio y un final. Lógico en seres que nacen y mueren.

19 Enero, miércoles

Hoy he tenido en la oficina un gran disgusto. Desde que es conocido lo de mi enfermedad, todo el mundo se esmera en su trato conmigo, lo cual es muy agradable si no fuera porque siempre tengo la sensación de que todo es forzado por las circunstancias. Mis compañeros tratan de mostrar ante mí su mejor imagen, incluidos aquellos con los que antes no tenía "feeling". Es como si al tratar de aparentar normalidad el resultado fuera todo lo contrario.

Pero hoy ha ocurrido algo que no puedo aceptar, porque dentro de este exceso de amabilidad, les lleva a adoptar posiciones que yo no puedo permitir.

Todo ha ocurrido por un error mío. El caso es que al rellenar un impreso de importación de madera, cometí un fallo bastante grave a la hora de entrar el código del contenedor. El error había provocado que los contenedores aparecieran en Sevilla en vez de en Zaragoza, que era su destino final. La empresa que debía recibir la mercancía, al recibir desde Sevilla la confirmación de que su mercancía estaba allí, se ha quejado ante mi jefe, quien ha montado una pequeña montonera, con razón, claro, porque el error es de bulto y además ocasiona bastantes gastos.

El caso es que me he enterado del asunto por pura casualidad cuando ya había pasado todo: una compañera había asumido el error como propio, llevándose una bronca de campeonato, lo que me ha provocado una situación de ansiedad y disgusto.

Cuando me he serenado un poco, he ido directamente a hablar con mi jefe. Me ha recibido con gran amabilidad y una amplia sonrisa, que se le ha

borrado en cuanto le he explicado la razón de mi visita. A continuación, ha llamado a mi compañera, la que asumió mi error. Le ha explicado que yo me había hecho responsable del mismo y ante la evidencia, no ha dicho nada, salvo ponerse a llorar. Nos hemos abrazado y animado mutuamente y todo ha quedado resuelto. Le he rogado que por favor, no volviera a pasar, porque yo estoy preparada para asumir mis propios errores, como cualquier persona normal. Tras recomponer nuestras caras con un poco de maquillaje, el jefe nos ha mandado a las dos a nuestro puesto de trabajo con el ruego de poner más atención y de no confundir la verdadera amistad con el compañerismo.

Una vez fuera, les he pedido a todos que se olvidaran de las circunstancias personales que me rodeaban y que por favor me trataran como antes, con normalidad, y si en alguna ocasión me lo merecía, pues con hostilidad, tal y como pasa en todas las organizaciones en las que conviven personas.

Espero que pronto pueda notarlo. Tendría guasa que añorara las discusiones de antaño, en ocasiones a grito pelado. Y es que este exceso de dulce, me empalaga.

María.

Curiosa situación. Al parecer también tiene genio nuestra heroína. Lo de añorar las brocas ha estado bien.

20 Enero, jueves

He leído en algún sitio que no hay más sordo que quien no quiere oír, ni más ciego que el que no quiere ver.

Llevo días tratando de preparar a mi madre para lo que tiene que llegar y ella se resiste con todas sus fuerzas. Yo puedo comprenderlo, pero también sé que ignorar lo inevitable es un error y además te deja vacío por dentro. Otra cosa es la actitud que hay que tomar para hacer frente a ese destino, que es lo que yo pretendo con mi “asunto”. Por supuesto que sé que está ahí, detrás de la esquina, pero yo me enfrento a ello, de una determinada manera que es no dejar que eso me hunda, y por añadido, a todos los que me rodean. Y me cuesta mucho. Mucho.

Crear que al ignorar la realidad, esta se va a esfumar o transformar según nuestras convicciones, es como recoger agua del mar con un cubo. Bien sé, que esta actitud de mi madre no deja de ser un acto instintivo de autodefensa. Pero quiero aprovechar este tiempo que aún tenemos las dos para mitigar su inevitable dolor. Si ella es capaz de asumir mi marcha a lo largo de todo este tiempo, cuando esta se produzca, y aun cuando su dolor sea intenso y permanente, creo que el recuerdo de estos últimos días de mutua convivencia le podría aportar estabilidad emocional. Por supuesto, comprendo que su dolor por la pérdida de su hija será permanente.

Me consta que es muy difícil, pero me gustaría que mi madre fuera la de antes. Una mujer animosa, valiente en sus puntos de vista, con opinión de todo y sobre todo, con la que mantenía controversias por puntos de vista contradictorios. Era una relación de confrontación intelectual, un constante tira y afloja de las ideas. Ahora no la conozco. En todo me da la razón, todo le parece bien, y esquiva los temas que le propongo porque adivina mi intención. Echo de menos aquellos rifirrafes intelectuales que indefectiblemente terminaban ante una taza de chocolate y en un abrazo.

No encuentro la manera de hacer que reaccione. En su interior, ha decidido que dado el desenlace que ha de ocurrir, lo que pase desde este momento hasta aquel,

carece ya de importancia e interés, pretendiendo pasar de puntillas por ellos, porque su mente ya se ha trasladado al tiempo futuro. Es decir que se limita a ignorar la realidad actual, a causa de la realidad futura.

Yo sufro al verla así y no poder hacer nada para mitigarlo.

Verdaderamente me siento impotente.

María.

Difícil situación de ambas. María siente que su madre vive una situación sumamente cruel. Cómo todos los padres. Ella pretende que tal vez hablando de ello con su madre, logre mitigar en parte ese dolor. Pero eso no es posible. Su madre no asumirá mientras viva la muerte de su hija. ¿Cómo va a ser un tema de conversación la muerte futura de su hija? Nunca.

27 Enero, jueves

Estoy triste, muy triste. No ha sido un buen día el de hoy.

Creo que me estoy volviendo un poco maniática, con esta situación que estoy viviendo. Ahora no puedo evitar la suspicacia cuando me ocurren cosas que normalmente no me ocurren. A todo le veo la intervención de algo o de alguien. Hoy he salido a tomar mi café diario a La Nicoletta, un restaurante-pizzería que hay cercano al edificio de oficinas donde trabajo y donde solemos ir Irene y yo. Sin embargo, no me ha acompañado Irene porque tenía que acabar urgentemente una expedición de hierro a Brisbane, en Australia. El caso es que he salido sola. También debo decir, que esto ha ocurrido otras veces.

Cuando he ocupado nuestra mesa habitual, junto a la ventana que da a la calle, y estaba esperando a que Marisa, la camarera, me trajera el café con leche acompañado de tres porras, como todos los días, de repente alguien se ha colocado delante de mí. Cuando he levantado la vista, me he encontrado con Carlos, mi ex novio de hacía tres años.

No he podido evitar pensar que todo obedecía a una especie de encerrona, con lo que automáticamente me he puesto en guardia. ¡Qué casualidad, hombre, encontrarme con mi ex, precisamente ahora, después de tanto tiempo sin vernos! Sin embargo, he puesto buena cara y me he levantado con intención de darle un beso de bienvenida. Luego ha tomado asiento.

-¿Y cómo es que estás por aquí?-le he preguntado- Te daba en los Estados Unidos-terminé.

-Sí. Y sigo allí. Sin embargo, debido a mi condición de Jefe de Auditores, me toca viajar muy a menudo en tareas de auditoría y análisis de nuestras filiales en todo el mundo. Y durante esta semana, estaré ocupado en nuestra filial de Madrid. ¡Qué cantidad de recuerdos! Cuando supe que venía a Madrid me alegré de veras, y no sé si te lo creerás, pero la primera persona que me vino a la mente, fuiste tú.-dijo con una sonrisa en su cara y la ilusión que se notaba en su tono de voz.

Sin embargo, aquello me inquietó. Si efectivamente el encuentro había sido casual, significaba que desconocería lo mío, y entonces me iba a tocar explicárselo. Y en ese instante me di cuenta que tal vez no estaba preparada para explicar a los demás mis circunstancias actuales.

-Te veo muy bien y muy guapa-me dijo, sacándome de mis pensamientos.

-Te lo agradezco. To también te veo muy bien, por lo que deduzco que las cosas te deben de ir muy bien-dije, dando comienzo a una conversación trivial y que ninguno de los dos quería llevar demasiado lejos.

Eran ya tres años desde que decidimos formalizar nuestra ruptura, porque habíamos llegado a la conclusión de que había muchas cosas que nos separaban. El no entendía muy bien mis preferencias por el voluntariado y emplear parte de mi tiempo y mi vida a los demás, y yo no podía entender su afán por alcanzar grandes metas en el mundo financiero y formar parte de los staff directivos de las empresas.

Mientras conversábamos, mi cabeza no hacía nada más que darle vueltas a lo que realmente me preocupaba y que no era otra cosa que cómo afrontar lo de informarle sobre mi situación. Conforme iba pasando el tiempo y por su manera de comportarse, yo estaba cada vez más segura de que él no sabía absolutamente nada, aunque el encuentro de ambos no había sido totalmente fortuito, tal como me reconoció, porque él recordaba que

yo lo frecuentaba tiempos atrás y había acudido con la esperanza de encontrarme, como así fue.

La verdad es que en este momento en que escribo estas líneas, no recuerdo casi nada de lo que hablamos. Tal era mi abstracción mental, absorbida por mi preocupación. Sí recuerdo que mientras que él hablaba, yo andaba con la mente completamente distraída, pensando en el momento más oportuno en el que poder hacer un punto y aparte y ponerle en antecedentes de lo mío. Por otro lado, también me acongojaba el mal momento que se le avecinaba, sin que nadie le hubiera preparado. Él me estaba hablando con el énfasis que ponía en todos sus proyectos.

Mientras lo escuchaba, lo veía como un hombre que había triunfado en lo suyo y lo comunicaba a los cuatro vientos. Así era como yo lo recordaba, un hombre animoso y con una auto-estima y confianza en sí mismo muy grande.

De pronto, como recordando de repente, ha mirado su reloj, y me ha dicho que tenía que irse. Simplemente me he quedado muda, sin saber qué decir. Nos hemos dado dos besos, ha vuelto a insistir en lo bien que me veía, y yo apenas si he dicho nada. Un segundo después se ha encaminado hacia la puerta mientras yo lo seguía con la mirada, embobada. Antes de cruzar la puerta de salida, se ha detenido, ha dado la vuelta sobre sí mismo y ha venido hacía mi. Hemos quedado para mañana. Cenaremos juntos.

María.

28 Enero, viernes

Cuando le conté ayer a mi madre mi encuentro con Carlos, puso cara de circunstancias. No tenía nada claro si era bueno o malo. Estuvo a punto de hacer un comentario, pero finalmente se abstuvo. Deduzco que no le debió de parecer bien, pero siguiendo los dictados de su política de no contrariarme, no dijo nada. Pero noté su disgusto. No se imaginaba que a mí tampoco me hacía mucha gracia.

*Habíamos quedado a las siete de la tarde en **Rogelio's**, un sitio de copas en pleno centro de Madrid. Yo siempre he sido muy puntual. Es algo que llevo a rajatabla. No concibo como hay gente que llega tarde a los sitios, a no ser, claro, que un incidente inesperado haya truncado la puntualidad. Me refiero a esa gente que llega tarde porque eso de la puntualidad es algo que no considera. Si una función empieza a una hora determinada, hay que hacerse a la idea que, a esa hora, todo el mundo está en su butaca, perfectamente acomodado y en silencio. Pues hay quien entiende que esa es la hora de llegada. Bueno que me estoy yendo del tema.*

Carlos, no era tan puntual como yo, pero también se esmeraba en llegar, si no en punto, no más allá de cinco minutos. Mira tú que le costaría salir cinco minutos antes.

Sin embargo, en esta ocasión llegó puntual. A las siete en punto. Yo ya llevaba esperando cinco minutos y me estaba tomando en la barra una tónica. Cuando entró, me vio rápidamente y con paso decidido se dirigió hacia mí. Nos dimos los besos de rigor y se pidió una cerveza alemana. Y allí comenzamos a hablar de sus

cosas y de cómo nos fueron las nuestras. Le noté un cierto cambio a mejor. Ahora veía las cosas con más calma y sobretodo, con cautela. Empezaba a valorar cosas que hacía tan solo tres años atrás, ni siquiera pasaba a valorar.

Yo había estado todo el día pensando en cómo afrontar la cita. Y había decidido que lo pondría en antecedentes antes de la cena. De esa forma, y una vez aclaradas las cosas, yo estaría más tranquila y él estaría informado. Su reacción era para mí una formidable incógnita.

Por eso, cuando llegó su pregunta "¿Y que es de tu vida?", casi me atraganto, porque me vi de repente ante el momento de dar inicio a mi turno. Situación similar a la del torero que tras una chicuelina, deja al toro frente al picador.

Me he tomado un momento de silencio, y mirándolo a los ojos, se lo he espetado directamente, sin preparación. Se ha quedado sin habla. He notado como su mano, la que sostenía la copa que en ese momento llevaba a sus labios, ha temblado, dejando rápidamente el vaso en el mostrador. Le he oído musitar un ¡por favor!, y sus ojos se han enrasado de lágrimas. Y yo tampoco lo he podido evitar. Luego nos hemos sentado en una mesa situada en un rincón, donde le he terminado de explicar mi situación y mi firme decisión de pasar el trance como si no existiera. Lo he visto abatido, y ahora me doy cuenta de que he sido brutal con él, al exponerle todo con tanta crudeza. Pero yo tenía unos deseos enormes de quitarme esa opresión de mi alma, y he pecado de desconsiderada con Carlos. Le he pedido perdón, y él se ha limitado a acariciarme la cara con su cálida mano. Así hemos estado hasta casi las nueve. Luego le he dicho que habíamos quedado para cenar, y eso es lo que íbamos a hacer los dos.

Durante la cena, hemos hablado con naturalidad de mi enfermedad, lo que le he agradecido. Luego nos

hemos enfrascado en los asuntos profesionales y finalmente, de acuerdo mutuo, nos hemos ido a bailar a una discoteca. De verdad que lo hemos pasado bien.

De vuelta a casa me ha acompañado hasta la puerta, hemos intercambiado nuestros teléfonos, y me ha dado recuerdos para mi madre. Hemos quedado en llamarnos en dos o tres días para repetir la salida.

Todo ha salido mejor de lo que esperaba, pero me ha quedado un poso de amargura en mi corazón.

María.

1 Febrero, martes

Llevo pensando varios días en la cita con Carlos. No puedo evitar sentirme mal por cómo le espeté lo de mi enfermedad sin preparación previa. ¿No sería un sentimiento inconsciente por mi parte, de vengarme en alguien por mi cruel destino? Esto me preocuparía bastante. El pobre Carlos encajó el golpe como pudo. A duras penas. Recuerdo, como si fuera ahora, todos los momentos buenos y malos que pasamos juntos. Nuestro amor fue como una llamarada que nos abrasó por completo. No sé si fue su inmensa intensidad lo que produjo que toda esa pasión se agotara pasados algunos meses. Tal vez fuera culpa mía, por mi especial forma de ver y sentir la vida. O por la suya. Tal vez porque éramos diferentes, muy diferentes, todo se enfrió demasiado pronto. Sin embargo recuerdo con auténtico deleite aquellos dos primeros meses en los que el amor lo presidía todo, omnipresente en nuestras vidas. Aquellos recuerdos los tengo idealizados en el alma y forman la imagen que yo tengo del Amor, con mayúscula.

Luego llegó el desencanto. La venda que cubría nuestros ojos se vino abajo, y presentó antes nosotros la mutua realidad: éramos lo suficientemente diferentes en nuestros planteamientos de vida, teníamos los gustos absolutamente dispares y éramos dos seres incompatibles. ¿Qué fue entonces lo que nos animó a iniciar la relación? He pensado muchas veces en ello y solo encuentro una razón: nuestras enormes ganas de vivir la vida nos engancharon el uno al otro, como un velero.

Cuando nos encontramos en aquella reunión de amigos, congeniamos al instante. Al principio, nos

buscábamos con la vista e intercambiábamos sonrisas. Luego estábamos juntos durante la mayor parte del tiempo, intercambiando ingeniosos comentarios. Recuerdo que estábamos de acuerdo en todo. Tal era nuestra afinidad que llamó la atención a nuestros compañeros de fiesta, quienes intercambiaban miradas de complicidad sobre nosotros. Lástima que el futuro no nos reservara un destino mejor, aunque ¿quién sabe lo que nos hubiera deparado un destino diferente? Siempre pienso que es mejor quedarse con el presente y no pensar en lo que pudo ser y nunca fue. ¿Para qué?

Como ya he dicho, aquellos dos meses fueron maravillosos, vividos en una nube, extasiados e insensibles a la infelicidad. Los recuerdo vívidamente y creo que debo quedarme con esos pensamientos y recuerdos del principio. En nuestra próxima cita tengo que compensarle por la faena del otro día. Se lo debo.

María

3 Febrero, jueves

Hoy ha venido mi hermana a casa desde Nueva York. Desde que le comunicamos "mi noticia", la pobre no había podido venir. No tengo fuerzas para escribir lo emotivo del encuentro. Hemos estado llorando, abrazadas las dos ni sé cuánto rato. Mi madre también nos ha acompañado en los llantos y en el desconsuelo, pero me ha dado la sensación de que lo ha hecho de otra forma, como más conformada. ¿Será posible que vaya empezando a asimilar mi falta? Me alegraría por ella. ¡Me gustaría mucho evitarle tanto sufrimiento!

Con mi hermana hemos estado recordando los tiempos de nuestra niñez y nuestras disputas, que ahora nos parecían fuera de toda lógica y necesidad. De vez en cuando, nos separábamos, nos mirábamos fijamente, y tras unos segundos de contemplación, nos abrazábamos intensamente. Le he contado mis deseos de ignorar el futuro amenazante, y actuar con normalidad hasta que llegue el final. Creo que finalmente lo ha entendido, o al menos, lo ha disimulado muy bien.

Nos ha contado como se desarrolla su vida en Nueva York. Martín, su marido es español y trabaja en una compañía de Computadoras, donde desarrolla programas de robótica, estando muy bien considerado por sus conocimientos, ostentando el cargo de Team's Chief. Ella se dedica a dar clases de español en su casa a una veintena de alumnos de todas las edades. Esta actividad le permite dedicarse completamente a sus tres hijos y a la casa, proporcionándole, además de unos interesantes ingresos, sentirse intelectualmente realizada. Se ve que la vida en Estados Unidos no se parece en nada a la de España. Aquella gente, tal como ella dice, son bastante inmaduros y por ello, atrevidos y

divertidos. Pero sentía que le faltaba el "aire" de su Madrid, de su Segovia, de su España, en definitiva. Ninguno de los dos, ni su marido ni ella, deseaban quedarse mucho tiempo en los Estados Unidos. Como máximo, unos tres años. Su urgencia provenía de sus hijos. Deseaban que su formación escolar la iniciaran en España. Ahora los llevaban a colegios de niños, denominados "baby schools", donde estaban aprendiendo el idioma inglés, aunque fuera en versión norteamericana.

Toda la conversación ha transcurrido, en presencia de nuestra madre, con temas relativamente intrascendentes, es decir, cualquiera que no fuera el que todos teníamos en mente. Pero en un momento dado, cuando nuestra madre ha salido al supermercado a realizar unas compras, Marta ha cambiado el tema de conversación y me ha preguntado directamente sobre lo que iba a ocurrir conforme fueran pasando los días. Tenía, me ha dicho, necesidad de saber, porque aunque yo parecía haberlo asumido, ella, todavía tenía que recorrer un largo camino para hacerlo, si podía. Le conté lo que nos habían dicho los médicos y los plazos más o menos que solían transcurrir en estos casos. Cuando terminé pareció tranquilizarse un poco, aunque no paró de llorar, abrazándome cada poco. Cuando oímos ruido en la puerta de casa, señal de que llegaba nuestra madre, ella recompuso el rostro, se enjugó las lágrimas rápidamente y pusimos caras de normalidad absoluta. No queríamos ninguna de las dos flagelar un poco más a mamá.

Marta estará con nosotros dos semanas. Ha venido sin los niños que han quedado al cargo del padre y de una "babysitter". La hemos alojado en su antiguo cuarto. Mañana será otro día, y espero poder pasarlo mejor que hoy. Lo necesito. Lo necesitamos.

María.

6 Febrero, Domingo

Hoy domingo nos hemos quedado en casa. Un día frío y triste como pocos. Mi madre ha hecho una paella que le ha salido, como siempre, exquisita. Tengo verdadera devoción por este plato y ahora que pienso, hacía ya bastante tiempo que no lo comía. En casa, los domingos siempre se hacía paella. Sin excepciones. Cuando, por la razón que fuera no había paella, parecía como si el domingo no fuera domingo. Cosas de la costumbre. El caso es que hacía ya bastante tiempo que no se cocinaba la paella en casa. Con seguridad, la presencia de Marta con nosotras ha movido a nuestra madre a premiarnos con ese delicioso plato.

Sobre las doce, a instancias de mamá, hemos ido las tres a misa, y a su finalización, nos hemos dado una vuelta por el barrio y hemos entrado en el Mesón del Pasiego, donde hemos tomado un aperitivo, y luego, tranquilamente, cogidas del brazo hemos vuelto a casa. Aunque yo no soy nada creyente, acompaño a mi madre a misa porque observo que eso le agrada y la conforta. Y mi hermana, tres cuartos de lo mismo. Si así la hacemos feliz, no nos cuesta nada hacerlo, así es que nos ponemos guapas y nos vamos a Misa hechas unos pimpollos, ante la orgullosa mirada de nuestra madre.

Después de comer, hemos cogido cada una un libro y nos hemos entregado en su lectura. Yo sigo leyendo a Carlos Mendoza que cada vez me gusta más, y creo entrever entre líneas mensajes ocultos que me fascinan. Tal vez sea mi imaginación, desbordada, pero si algún día lo tengo delante, le preguntaré sobre ello. La "tele" no nos interesa a ninguna de las tres, por lo que la tenemos encendida pero sin voz. Cosas de mi madre.

A media tarde mi hermana ha llamado a los Estados Unidos. Hemos estado casi una hora colgadas por turno al teléfono, primero mi hermana, luego yo y por último nuestra madre. Tras eso, un espeso, humeante y sabroso chocolate con churros para merendar. Mamá esta en todo. Es un cielo. Y a las tres nos encantan los churros con chocolate.

Luego, mientras mi madre y hermana veían la tele, yo he cogido la prensa y he visto una noticia interesante y curiosa: "El G7 aboga por condonar la deuda externa de los países más pobres". Verdaderamente la noticia tiene doblez. Las posibilidades de cobrar la deuda a estos países son totalmente quiméricas. Y por otro lado, habría que analizar las causas del endeudamiento. Con seguridad que no serán muy éticas que digamos y los países prestadores tampoco saldrían muy bien parados. Así es que han preferido coger la deuda que no iban a cobrar, envolverla en un bonito papel de celofán, entiéndase prensa, y lanzar al mundo un mensaje sobre las bondades del mundo capitalista, además de lo profundamente injustas que son estas deudas, aunque hubieran sido por y para el desarrollo de estos países sumidos en los brazos de la pobreza más espeluznante. Por cierto, ahora que leo esto, recuerdo que tengo que llamar a algunas de mis compañeras de ONG que me he enterado que están ahora en España. Recordaremos viejos tiempos, los cuales los añoro entrañablemente.

En resumen, un día tranquilo y agradable.

María.

11 Febrero, viernes

Carlos marcha mañana a los Estados Unidos, una vez finalizado su trabajo en Madrid. Habíamos quedado a cenar y la velada ha sido encantadora. Me ha traído bombones y flores como despedida.

La velada ha sido encantadora. Me he divertido mucho con sus ocurrencias, porque hoy Carlos estaba encantador. Nos hemos reído y recordado muchas situaciones que habíamos vivido juntos. Sobre las doce, como en el cuento, nos hemos despedido en la puerta de mi casa. Esta vez, el abrazo final ha sido cálido, emotivo y prolongado. Después de eso, no ha dicho absolutamente nada. Me ha mirado fijamente a los ojos y ha posado sus dedos en mis labios después de pasarlos por los suyos. "Te llamaré" ha dicho. Sus ojos brillaban intensamente. Ha dado media vuelta y con pasos rápidos se ha alejado de mí, desapareciendo por una calle a la izquierda.

He agradecido su silencio. Porque, ¿qué vas a decir?, ¿qué se puede decir? Frases más o menos elegantes, correctas porque son las que se esperan, pero vacías de esperanza real. Carlos ha seguido al pie de la letra mis ruegos sobre ignorar mis circunstancias. Y sé que para él ha debido ser durísimo.

Carlos fue el único novio de verdad que he tenido. Chicos con los que he salido, salir por salir, bastantes. Pero aquello de formalizar la relación, solo con él. Lo conocía ya desde el Instituto y luego, ya los dos en la universidad, decidí romper el nivel de simplemente "conocido de vista", a amigo. Era encantador. Inteligente, extrovertido y sobre todo, era divertido. Destacaba en todo lo que se ponía. Así es que yo me fijé como meta, hacerme con la "perla" de la universidad. Congeniamos a primera vista y empezamos a salir y

como quien no quiere la cosa, recién terminados nuestros estudios, me pidió formalizar nuestro noviazgo, cosa a la que accedí inmediatamente.

Conforme avanzaba nuestra relación, fueron asomando nuestros respectivos "defectos ocultos" y aunque al principio eran superados sin mayores problemas, con el tiempo, empezaron a lastrar nuestra convivencia. Carlos era muy independiente y le gustaba ir por "libre" con sus amigos de vez en cuando. Por mi parte, lo reconozco, era bastante absorbente. Vamos, que me faltaba mano izquierda. Poco a poco, lo nuestro se fue enfriando hasta que un día, tras una bronca un tanto infantil, decidimos dejarlo estar y darnos un tiempo por separado.

Y así, hasta el otro día en que nos encontramos en **Rogelio's**. Pero creo que ambos, mantenemos un buen recuerdo uno del otro. Con el tiempo, he llegado a pensar que lo nuestro no llegó a término, porque ninguno de los dos nos sentíamos preparados para dar el siguiente paso. Y aprovechamos el primer tropiezo para recuperar nuestra libertad, que ambos considerábamos en peligro.

En mis reflexiones íntimas, siempre he pensado que yo estaba más cerca de ser monja que esposa. Y cuando digo monja, lo hago por contraposición a esposa. Y monja misionera. Por su dedicación a los demás. Como dice el refrán: "A Dios rogando y con el mazo dando". Para mover el mundo hacen falta palancas, brazos y corazones, o lo que es lo mismo, voluntad, generosidad, abnegación y compromiso.

Por eso creo que lo de Carlos y yo, no tenía mucho futuro.

Que te vaya muy bien en la vida, querido. Te lo deseo de todo corazón.

María.

14 Febrero, lunes

Hoy ha llegado a la oficina un cliente que quería informarse sobre nuestras actividades empresariales y formas de trabajar. Su empresa, ubicada en Zaragoza, se dedicaba a fabricar material quirúrgico para hospitales, y habían conseguido un contrato con Arabia Saudí. El cliente quería conocer nuestros servicios en materia de exportación.

Cuando ha llegado la hora de comer, el cliente y yo, hemos ido a un restaurante cercano en el que ya habían reservado una mesa. Con anterioridad, mi jefe ya nos había comentado que no podría asistir por un inexcusable problema personal, dejando en mí la representación de la empresa.

Todo ha discurrido muy bien y ha sido una comida encantadora. Lo primero que me ha dicho Jorge, que así se llama el cliente, es que los negocios los íbamos a dejar para los cafés. Durante la comida el me ha hablado de sus inicios, de sus inquietudes y de sus esperanzas. Se trataba de una persona joven y jovial, con un gran carisma, irradiando simpatía y afabilidad. Como digo, la comida ha sido memorable, como hacía años que no había disfrutado así. Como es lógico, en esta atmósfera distendida, ha llegado un momento en que me ha preguntado por mis cosas y yo le he contado todas mis andanzas por este mundo sin dejarme ninguna. Más tarde, una vez recogida en casa, he rememorado la velada y me he horrorizado por mi candidez al haberle contado toda mi vida a un extraño, sin omitir detalle alguno, salvo el de mi enfermedad, claro está. Pero ha sido de una forma inconsciente. En ningún momento he sentido pudor ni desconfianza.

Su manera de comportarse me ha desarmado por completo. Luego me ha insinuado la posibilidad de vernos algún otro día, pues lo había pasado muy agradablemente con mi compañía, según me ha dicho. Hemos acordado que cuando él regresara de Zaragoza, una vez que hubiera consultado con sus asesores la información que se llevaba sobre nuestra empresa, además de las impresiones que él mismo se llevaba, decidiríamos sobre el tema. Tal y como se ha expresado, parecía seguro que lo íbamos a tener como nuevo cliente.

Sin embargo, este suceso, para mi sorpresa, ha removido algo en mí. Algo que creía definitivamente muerto en mi vida. He sentido por dentro una llama que no había sentido desde hacía mucho tiempo. Exactamente desde que conocí a Carlos. ¡Dios mío! ¿No será que.....? No puedo, no debo, no....

Estoy hecha un mar de dudas. Y he llorado de alegría. ¿Te lo puedes creer? He notado un golpe de adrenalina en todo mi cuerpo que me ha vuelto del revés. Me he sentido renovada y, por primera vez, he sentido algo parecido a un conato de rebelión ante mi destino. "No es justo...", he pensado. Mi consciente me dice lo que debería hacer, pero en mi inconsciente, algo me dice que haré lo que no debería.

Pero estoy emocionadísima. No he dicho nada ni a mi madre ni a mi hermana. No sé si lo entenderían. Desde luego, mi madre, no. Y Marta, no lo sé. Posiblemente tampoco. Es fácil que esta noche no duerma. ¡Ah, se me olvidaba! Su nombre es Jorge, ¿o ya lo había dicho?

María.

16 Febrero, miércoles

Sigo dándole vueltas a lo de Jorge. ¡Dios mío, no puedo quitármelo de la cabeza! Estoy hecha un auténtico lío. Una terrible pugna se debate en mi interior entre lo racional y lo irracional, lo debido y lo indebido. ¿Tiene alguna lógica que me deje llevar por mi deseo irrefrenable de querer conocer y, por qué no, de amar a otra persona, a pesar de mis circunstancias? ¿Es justo para la otra persona, en el supuesto de que sus sentimientos fueran recíprocos?

Con estos devaneos mentales, apenas puedo concentrarme en mi trabajo, y me doy cuenta de que en ocasiones me abstraigo de mi entorno y caigo en una especie de embotamiento que me aísla de lo que me rodea. Y tengo la impresión de que mi amiga y compañera, Irene, se ha dado cuenta de mi excitación, porque observo que me mira de soslayo, cuando cree que no me doy cuenta. No le he comentado nada, sencillamente porque no me atrevo. Y ella, tampoco me ha preguntado, supongo que por las mismas razones. ¿Sospechará las verdaderas razones de mi ensimismamiento? Las mujeres tenemos un sexto sentido para estas cosas.

El caso es que no puedo evitar seguir dándole vueltas. Y contra más vueltas le doy, más entregada me siento a intentar una nueva relación. ¿He dicho relación? Ahora me doy cuenta de que acabo de traer a mi consciente lo que en mi interior me abrasa: ¡quiero comenzar una nueva relación! ¿Qué hacer? Mañana se lo comentaré a mi amiga Irene. Seguro que ella me ayudara a decidir lo correcto. Ya veremos. Ahora mismo, estoy temblando, y no es de frío precisamente.

María.

19 Febrero, sábado

Hoy vuelve Marta a los Estados Unidos. Antes de su marcha, y aprovechando la ausencia de nuestra madre que había salido a hacer un recado, hemos tenido una conversación muy dura para las dos.

Con absoluta determinación y sinceridad hemos afrontado cara a cara mi cruda realidad. Tal vez no nos veamos más, o quizá, la próxima ocasión que nos veamos, mi estado no permita mantener una conversación medianamente coherente.

Las dos necesitábamos hablar las cosas con realismo, sin mirar hacia otro lado y tener una conversación banal, como si nada sucediera. Creo que las dos lo necesitábamos. Al menos, a mí me ha entrado una extraña paz interior. Era como dejar la casa recogida antes de salir a pasear. Nos habíamos dicho todo lo que nos teníamos que decir. Hemos llorado y reído como unas colegialas que se comentan sus secretos más íntimos y al final, nos hemos abrazado intensamente.

Terminada nuestra conversación, nos hemos recompuesto acudiendo a las cremas y maquillajes y hemos salido de la habitación como si nada hubiera pasado. Curiosamente, no le he contado lo de mis sentimientos sobre lo de Jorge.

Sencillamente, no quería atribularla más de lo que ya estaba.

Cuando ha regresado mamá, hemos llamado a un taxi que nos ha llevado directamente al aeropuerto donde hemos comido y donde finalmente nos hemos despedido.

Durante la vuelta, mi madre lloraba en silencio. Un silencio roto únicamente por las bocinas de los vehículos que como nosotros circulaban por la ciudad. Poco a poco me fui introduciendo en mis cábalas y pensamientos y sobre todo en mi conversación con Irene el otro día acerca de lo de Jorge.

Mañana lo contaré. Hoy me siento agotada.

María.

21 Febrero, lunes

Ayer, fui con mamá a votar en el Referéndum sobre la Constitución Europea. Las dos hemos votado que sí, más que nada porque nos ha parecido que la unión siempre es mejor que la desunión. Además, hemos aprovechado esta obligación cívica, para darnos una vuelta por el barrio y tomar unos churritos con chocolate en Casa San Ginés, donde dan los mejores churros con chocolate de todo Madrid.

Han pasado ya varios días desde que le confíé a mi amiga Irene mis cavilaciones y dudas sobre lo de intentar una nueva relación. Su reacción fue de contenido estupor. No abiertamente, claro, pero estupor al fin y al cabo. Me miró largamente durante unos segundos con los ojos muy abiertos sin decir palabra alguna. Yo me sentía como si hubiera dicho la barbaridad más grande del mundo, mientras miraba la expresión de su rostro, donde se reflejaba una sorpresa mayúscula, más expresiva que mil palabras.

Al ver su reacción reflejada en la cara, me vine un poco abajo, y me dije de todo: inconsciente, loca de remate, insensible y mil cosas más, durante los pocos segundos que tardó en recuperarse y recobrar el habla.

-A ver si lo he entendido bien. ¿Me dices que el chico este de Zaragoza, te está haciendo tilín, y tú estás considerando la posibilidad de indagar si hay algún futuro con él?

Así de claro y contundente. Las palabras justas, ni una más, ni una menos. Mi amiga lo había expresado tan claramente que hasta yo me asusté al oír tan escueta y perfecta exposición.

-Pues...sí-le dije en un balbuceo.

Ella fijó su mirada en un punto indefinido del techo de la cafetería mientras buscaba en su cabeza las palabras adecuadas para su respuesta. Evidentemente, buscaba las palabras justas para decirme lo que quería decirme, sin herirme ni causarme un dolor excesivo. Al cabo de unos segundos, mirándome fijamente a los ojos, mientras cogía mis manos, me dijo:

-Verás, María. No sabes bien lo que yo admiro tu actitud, tu fuerza de ánimo y tu valentía a la hora de afrontar eso que tú llamas “tus circunstancias”. Pero creo que estás en un error al considerar que los demás tenemos esas fuerzas, esas energías, y sobre todo, que estamos capacitados para adoptar la actitud que tú estás tomando en tu situación. Verdaderamente, admiro tus ganas de vivir la vida-aquí se le quebró la voz, a la vez que unas lágrimas asomaron en sus ojos-Que puedas sentir esos sentimientos maravillosos en estos momentos, es, francamente, excepcional. Muestra, sin ningún tipo de duda, la clase de persona que tú eres. Y si bien, yo creo que estás en tu perfecto derecho de sentir eso, y todo lo que te haga feliz, también no es menos cierto, que debes pensar en la otra persona.-aquí hizo un silencio, mientras sacaba un pañuelo de su bolso y se secaba las lágrimas.

-No te voy a perdonar en la vida que me hayas hecho esto-me dijo en voz baja, a la vez que me abrazaba-No veas el rato que me estás haciendo pasar-dijo ya más calmada.

-Mira nenita-en determinadas ocasiones me llamaba así-yo sólo puedo decirte que lo más aconsejable es que lo medites durante unos días, y luego, y si la ocasión se presenta, tengas una conversación directa con él. Será lo mejor para los dos. Pero fíjate en qué situación le vas a poner, porque le vas a proponer una relación con los días contados-nuevamente las lágrimas hicieron aparición en sus ojos, a la vez que me abrazaba.

-Perdóname María lo que te acabo de decir, pero es que no sé decirlo de otra manera. Soy tu amiga, y eso me obliga.

-No te preocupes. De verdad que no suponía que pudiera afectarte tanto. Perdona mi insensibilidad. Siento vergüenza-le dije. Nuevamente nos abrazamos y dimos por concluida la conversación sobre el asunto.

No logro quitarme esa sensación de culpabilidad, por el mal rato que le hice pasar a Irene. He pensado mucho sobre sus comentarios. Y lejos de tener las ideas más claras, estoy más confundida que nunca.

María.

24 Febrero, jueves

Hoy he cenado con Asumpta, Alicia y Pilar, amigas de mis tiempos de la ONG. Hacía muchos años que no nos veíamos, salvo algún email esporádico. No les he comentado nada sobre lo "mío", porque francamente, el dolor que observo en mis amigos cuando les cuento lo de mi enfermedad, les parte el alma, y en consecuencia, se me parte a mí. Al fin y al cabo qué derecho tengo yo a amargarles la jornada. Ninguno.

Así es que lo hemos pasado bien, recordando los tiempos pasados, que por lo que contaban, parecían ser mejores que los actuales. Pilar estuvo a punto de ser ejecutada por un grupo de guerrilleros que hacía la guerra por su cuenta, robando y asesinando de forma indiscriminada. A Pilar la salvaron los niños de la aldea en la que estaba, porque se abrazaron a sus piernas llorando. No sabe si es que a aquel asesino se le ablandaron las ansias de matar ante semejante cuadro o temió matar a alguno de aquellos niños aferrados a sus piernas. Sea por lo que fuere, el caso es que se lo pensó mejor y con un ademán de indiferencia se fue con los demás. Desde aquel día tiene pesadillas que poco a poco va superando.

Asumpta y Alicia, me comentaron que estaban pensando en ingresar en una orden religiosa. Ante mi asombro, me contaron que solo sus creencias religiosas les daban sentido a sus vidas.

-Si no es así, ¿como se explica que pongamos nuestras vidas en constante peligro por ayudar a los demás?-me dijeron, y en parte tuve que admitir que tenían algo de razón.

-Tú misma, María, has pasado los mismos peligros y las mismas vicisitudes que nosotras, y ¿te has preguntado alguna vez la razón o razones por las que lo hacías? Sea lo que fuere lo que te impulsaba a hacerlo, será algo que habite en ti, ya que según dices eres atea. Para nosotras, está claro, es la voluntad de Dios. Algunas personas lo entendemos así y otras lo entendéis de otra forma.

La conversación siguió por estos derroteros y otros menos trascendentes. Finalmente nos despedimos, no sin antes actualizar nuestros teléfonos y prometernos estar más en contacto y repetir la reunión para ponernos al día sobre nuestras vidas.

Cuando las vi alejarse, me invadió una enorme sensación de nostalgia. Y la emoción atenazó durante unos momentos mi garganta.

María.

25 Febrero, viernes

Hoy he cometido una locura maravillosa. O al menos así me lo parece a mí. Mi madre aun me está llamando loca y descerebrada. Lo mismo que mi amiga Irene. Pero me da igual. Mi vida ha entrado en una vorágine que ni sé ni me importa cómo va a terminar. Bueno, cómo va a terminar si que lo sé. Pero me siento joven, simplemente porque soy joven. Y esto no lo puedo parar. Y tampoco lo deseo.

Resulta que hoy me ha llamado Jorge desde Zaragoza. Después de hablar sobre unos asuntos de aduanas, directamente, y sin más preámbulos, me ha invitado a pasar con él este fin de semana en Benasque, en pleno Pirineo aragonés, aprovechando las últimas nieves para esquiar un poco. Y sin que yo pudiera evitarlo, me he encontrado aceptando la invitación. Cuando he colgado el teléfono, mis manos temblaban y parecía como si me faltase el aire.

Irene, que desde que sabe mis devaneos con Jorge, no me pierde de vista, al observar mis reacciones y expresiones durante la conversación, se ha dado cuenta de todo lo que ha pasado. Y no ha tardado ni tres segundos en situarse frente a mí, preguntándome con su mirada los pormenores de lo sucedido, cosa que he hecho. Por supuesto, ha empezado a mover la cabeza y a decirme en voz baja que estaba loca. Si, loca de atar, loca, loca, pero de amor.

El caso es que esta tarde debo tomar el Ave para Zaragoza donde me estará esperando Jorge y desde allí emprenderemos viaje con su coche hasta Benasque, donde ya tiene reservadas unas habitaciones en un hotel situado en los Llanos del Hospital, un lugar según me ha

dicho, idílico, natural y salvaje. Justo lo que yo necesitaba. Es excitante.

Hace un rato, mientras preparaba las maletas con la ayuda de mamá y su letanía de reproches, el corazón me latía con fuerza y por un momento la ilusión se ha apoderado de mis sentidos. Ahora, en cuanto termine de escribir esta nota, cogeré un taxi y pondré rumbo a la Estación de Atocha y que venga lo que tenga que venir.

María.

28 Febrero, lunes

Maravilloso. Jorge es maravilloso. Y este fin de semana ha sido, será, inolvidable. Cuando llegué a Zaragoza, Jorge ya me estaba esperando en el andén. Durante el viaje en tren, tuve tiempo de reflexionar sobre lo que estaba haciendo. Tenía mis dudas sobre si estaba actuando con honestidad ante mi galante maño. Me quería convencer de que era una persona igual que las demás, solo que yo conocía algo que los demás no. Y aun en ese caso, no sabía exactamente cuándo. ¿Y si nunca sucedía? ¿Y si se producía un milagro? ¡Oh Dios, acabo de desear un milagro, porque no me cabe duda de que lo he pedido con todas las fuerzas de mi alma! ¡Lo deseo! ¿Será que el ser humano, en su insignificancia, necesita realmente creer en algo que esté por encima de toda lógica, con poderes excepcionales capaz de todo lo imposible, para poder aferrarse a la vida? ¿Qué me está pasando?

Esta y otras zozobras mantuvieron mi cabeza ausente del viaje y apenas recuerdo los paisajes por los que pasábamos velozmente a través de la ventanilla por la que miraba sin ver. Sobre todo quería ser justa. ¿Pero acaso estaba yo en condiciones de serlo? ¿Y debía renunciar a unos instantes de felicidad? Me daba una y otra vez la misma respuesta. Sí. Tenía derecho a ser feliz. Lo creía firmemente.

Una cosa tenía clara. Yo podía hacer feliz a Jorge, durante el tiempo que me quedara. Cuando llegue el triste momento, Jorge sentirá dolor y tristeza. ¿Por qué anticiparle una noticia que amargaría nuestra relación? No estaba en su mano, ni en la mía, impedir ese

sentimiento. Definitivamente, viviría intensamente aquellos momentos que la vida me había concedido.

Cuando nos vimos en el andén, y nos fuimos acercando uno al otro, por mi mente paso una fugaz idea: ¿qué pasaría en unos segundos? ¿Nos besaríamos? ¿Nos daríamos la mano? Jorge simplificó la situación. Cuando llegué a su altura, me sopló dos besos, uno en cada lado de la mejilla y tomó de mi mano la pequeña maleta que portaba, a la vez que con una amplia sonrisa y una agradable fragancia de colonia Atkinsons, que me embriagó completamente, me indicó el camino a seguir. Y como un corderillo, me fui tras de él hasta donde había aparcado su coche.

Desde Zaragoza hasta Benasque teníamos por delante dos horas y media de camino. Hablamos de todo. De negocios, de la situación de las exportaciones, de la política, de la economía y hasta de deportes. No dejamos nada por tocar. De todo, menos de nosotros. Llegamos cerca de las doce de la noche, tras haber parado en un restaurante a cenar algo. Había reservado dos habitaciones a las que nos dirigimos para dejar las maletas y asearnos un poco, porque como Jorge dijo, la noche empezaba en aquellos momentos.

Hasta las cuatro de la mañana anduvimos de jarana. Visitamos varias discotecas. En todas ellas estaban al completo de gente con ganas de divertirse. Al principio me sentía un tanto extraña y ajena a aquel ambiente, pero tras un par de chupitos, debo de reconocer que me adapté al ruido, a los flashes y luces psicodélicas como si lo hubiera hecho toda la vida. Ya cerca de las cuatro de la mañana, nos aposentamos en una cafetería donde nos tomamos unos churros con chocolate que sentaron a nuestros cuerpos, al menos al mío, estupendamente. Fue el momento más íntimo. El acogedor lugar, todo él decorado con madera, envueltos en un calorcito proveniente de un hogar de leña, el gran ventanal que teníamos a nuestro lado, por el que

veíamos las calles heladas, todavía con restos de nieve en algunos tejados, contribuía a hacer el momento más íntimo. Jorge empezó a hablar de nosotros y de las posibilidades de vernos de una forma más frecuente. Hizo un dibujo de cómo me veía él, y la verdad es que me dieron escalofríos. Puso su mano sobre la mía y logré sobreponerme a un primitivo impulso de retirarla. De haberlo hecho así, no me lo habría perdonado en la vida. Yo también le di esperanzas con mis comentarios, impregnados de recatada moderación. ¡Seré tonta!

Después nos fuimos al motel y cada cual a su habitación. El domingo, subimos a las pistas de esquí, y Jorge llevaba su equipaje completo. Como yo no sabía nada sobre mantenerme de pie sobre unas tablas, decidió que para futuros viajes, debería aprender a esquiar. Jorge se resignó a no esquiar y a limitarse a pasear por la nieve, que era lo único que yo podía hacer, mediante el uso de unas raquetas que alquilamos a pie de pista. El día resultó magnífico y el sol hizo acto de presencia durante todo el día. Hablamos de todo, o por mejor decir, de nosotros. Los negocios y las otras cosas pasaron al olvido. Ahora se trataba de nosotros.

Nos despedimos en el andén de Zaragoza, con la promesa de llamarnos y vernos pronto. Nuevamente me besó en los dos lados de la cara, pero esta vez, acompañados de un abrazo intenso. A través del cristal de mi asiento, nos despedimos con un movimiento de manos. En mi cara, sonrosada y alegre, se reflejaba lo que me inundaba por dentro. La felicidad.

María.

1 Marzo, martes

Hoy ha hecho un día helador. En el termómetro de la farmacia que tenemos al lado de casa, marcaba seis grados bajo cero. Una cosa nunca vista, dado que estamos cerca del final del invierno. Estoy completamente aterida.

Desde mi encuentro con Jorge, en la oficina tengo constantemente a mi lado a mi amiga Irene, preguntándome todos los detalles de mi fin de semana. Es inagotable. Le he contado lo mismo varias veces, a base de insistir, y esto lo hace para ver si me encuentra un renuncio en mi narración. Al final, se hace cruces con “lo nuestro”, pero finalmente me reconoce que se alegra mucho por mí y que me desea que todo salga como yo deseo. Cada vez que suena mi teléfono, levanta su cabeza con los cinco sentidos puestos en mis labios y atenta a mis expresiones faciales. Si le parece detectar que al otro lado de la línea está Jorge, ya la tengo a mi lado, presta a escuchar y observar.

Lejos de enfadarme con la actitud de mi amiga, bien al contrario, me agrada mucho. Es una forma de demostrarme que me quiere y que está siempre encima de mí, tratando de que nadie me haga daño, ni que yo me lo haga. Es una buena y entrañable amiga.

Tener una amiga que llegue a este nivel de compenetración es algo muy gratificante. Seguramente, a tu propia hermana habría cosas que no le contarías ni con tormento. Pero a una amiga íntima, sí, pues es como si una misma se desdoblara en dos, pero manteniendo cierta independencia, de forma que una pueda aportar a la otra una visión diferente, aunque sin perder de vista tus propios deseos y anhelos. Eso me pasa a mí con

Irene. A veces se me hace pesada, pero al instante, recapacito y me doy cuenta de que con su actitud, ella me está ayudando a sobrellevar "eso" que sobrevuela sobre mi cabeza. A veces pienso que ella tiene un sufrimiento añadido que yo no tengo. Por eso la quiero tanto y le confío secretos que no se los confío ni a mi hermana y mucho menos a mi madre. Hay cosas que solo se pueden confiar a ti mismo o a tu otro yo.

María.

5 Marzo, sábado

Jorge me ha llamado a casa. Mamá, cuando se ha dado cuenta de quién era el que me llamaba, se ha ido discretamente a la cocina para dejarnos solos. Se lo he agradecido. No sé por qué, pero me da un poco de reparo o vergüenza comentar cosas de mi relación con Jorge con ella. Y ya no digo mis conversaciones con él. No debería ser así, pero lo es.

Su llamada me ha producido una gran alegría. Me ha preguntado mi parecer por venir el próximo viernes a Madrid y hacer una excursión por los alrededores o lo que a mí me pareciera bien. Hemos estado cerca de una hora hablando y al final hemos quedado en que nos llamaríamos para concretar su hora de llegada y lugar de encuentro. Ni que decir tiene, que al instante siguiente de yo colgar el teléfono, ha hecho acto de presencia mi madre, señal de que estaba atenta a lo que se estaba produciendo en el salón comedor. No ha dicho nada, esperando a que fuera yo la que iniciara la conversación. Tras unos instantes en los que las dos teníamos en la mente la misma cuestión, pero que ninguna lo expresábamos, me decidí a contarle quien me había llamado, como si no lo supiera!, y la razón de la misma.

Me preguntó, aunque sé que le costó mucho, por mis intenciones con aquella relación. Me consta que no le gusta, porque piensa que es una barbaridad por mi parte, pero admitir eso, implica por contraposición, admitir lo otro. Y claro, eso le produce una ansiedad enorme. Así es que prefiere seguirme la corriente, haciendo como que le parece bien todo lo que yo hago. Pero por otro lado me ve tan feliz, que en algunos momentos hasta ella se ilusiona.

Como está lloviendo, ambas nos hemos dedicado a la lectura, acompañadas por unas pastas de té y a media tarde, mamá ha hecho un chocolate espeso y bien caliente que nos ha sentado de maravilla. Sin embargo, apenas he avanzado un par de páginas en el libro que estoy leyendo, páginas que tendré que volver a leer en otro momento, porque no me he enterado de nada.

Mis pensamientos, como no podía ser de otra manera, estaban con Jorge, rememorando el fin de semana pasado. Momentos maravillosos. A renglón seguido, me he puesto a imaginar los momentos que pasaríamos el fin de semana próximo. Y con estos pensamientos en mi cabeza me quedé dormida. Esto hacía mucho tiempo que no me sucedía, pues padezco insomnio, un insomnio inmisericorde.

He cerrado los ojos, y durante unos largos minutos quedé traspuesta, dormida con el libro en mi halda. Cuando este cayó al suelo, recuperé la consciencia, sobresaltada. Mi madre estaba a mi lado, absorta en la lectura de su libro, como si no se hubiera enterado de nada. Estoy absolutamente convencida de que se dio perfecta cuenta del momento en que yo cerraba los ojos y quedaba en brazos de Morfeo, o mejor, en los de Jorge. Y a buen seguro que también le causó una gran sorpresa, y tal vez una cierta felicidad.

Mañana, domingo, nos hará una visita mi tío Luis, quien se ha empeñado en invitarnos para que vayamos a comer a un restaurante de postín de Madrid. Me hace feliz su visita porque nos alegra la vida a ambas. Será un día muy agradable.

María.

8 Marzo, martes

Ha llamado mi hermana Marta desde los Estados Unidos. Llevaba algún tiempo sin saber de ella y su marido y mis sobrinos. Están todos bien. Según parece, su marido ha tenido que recorrer las principales ciudades de los EEUU, presentando un programa de robótica con aplicación en la medicina. Todo un éxito. Ella lo ha acompañado a algunas de las ciudades, dejando a los niños con los abuelos paternos que viven también en Nueva York, muy cerca de donde ellos viven.

Hemos hablado largo y tendido de todo y he estado en un tris de contarle que salgo con Jorge. ¡Pero no me he atrevido! Y es que intuyo que a lo mejor no le gusta y me lo echa en cara. Y francamente, no quiero defenderme ni quiero ver en los demás un mudo reproche por mis actos. Es mi vida. La poca que me queda, y de verdad que necesito ver la sonrisa a mi alrededor. Necesito como el comer, ver a la gente de mi entorno feliz y contenta. De otro modo me siento infeliz.

Por fin mi amiga Irene se ha atrevido a preguntarme sobre cómo iban las relaciones con Jorge. Cuando le he dicho que me había pedido relaciones, se ha echado a llorar como una tonta. Luego me ha regañado por haber tardado tanto a contárselo echándome en cara mi falta de confianza en ella. Luego le he explicado que me daba apuro decírselo por si no estaba de acuerdo. "Tonta, más que tonta" me ha dicho, a la vez que me abrazaba. He sentido un cierto alivio en mi interior. Parece mentira, pero al parecer, necesitaba que mi propia amiga, aprobara mi decisión. A veces las mujeres, somos la inseguridad personificada.

María.

11 Marzo, viernes

Ha llamado Jorge para quedar para esta tarde. Tiene previsto llegar sobre las siete al Hotel Puerta América, donde ha reservado una habitación. El hotel no queda muy lejos de casa. Cuento las horas que faltan.

Hoy, a las 7,37 de la mañana ha comenzado el redoblar de las campanas de más de 650 iglesias, despertando nuestro recuerdo de que justo hace un año comenzaba la masacre en la estación de Atocha que se cobró la vida de 191 personas. Ha sido impresionante y muy doloroso. No hemos podido evitar, mamá y yo, que unas lágrimas asomaran a nuestros ojos.

Unas bombas puestas por fanáticos al servicio de no se sabe qué ni de quién, segaron la vida presente de 191 inocentes y enlutaron el alma de sus familiares, y por qué no, la de todos los seres humanos. Barbaries de esta naturaleza hace que cada poco retrocedamos a los tiempos del terror. Seres que dicen sufrir la injusticia en sus propias carnes, no encuentran mejor solución que dar suelta a su ira y su odio, haciendo pagar a otros inocentes, todas las vejaciones que dicen, y es verdad, sufren. Pero sembrando el horror y el terror, solo se recibirá lo mismo, y la injusticia que dicen padecer, seguirá siendo la misma, sino mayor.

Esto me recuerda a mis tiempos en los que yo andaba por Mozambique, allá por el año 2000, cuando me contaban los voluntarios y los mozambiqueños, cómo en los años anteriores, durante la guerra civil, se producían grandes masacres, producidas en unas ocasiones por miembros del Frelimo y en otras del Renamo, cada vez más violentas, porque cada vez se vengaban de mayores ofensas. Y lo pagaban los

habitantes de los pueblos por los que pasaban, y quienes vivían al margen de esa guerra civil. Pero la cuestión no era hacer justicia, razón que invocaban para realizar esas atrocidades, sino dar suelta a sus instintos asesinos y hacer pagar a alguien sus frustraciones y desencantos.

Pues lo mismo ocurre con esta guerra intestina entre civilizaciones, que nadie parece querer, pero que todos alimentan con su desprecio e ignorancia de unos con otros. Es la pescadilla que se muerde la cola. El movimiento continuo, hecho muerte y miseria. Más muerte, más miseria. Y así constantemente.

Todavía nos falta mucho a los humanos para llegar a la felicidad o para compartirla con los demás. Mucho.

María.

14 Marzo, lunes

Jorge me ha propuesto formalmente relaciones. Y yo he aceptado.

No he comentado nada en la oficina, quiero decir, a mi amiga. Irene, la muy ladina, yo creo que es bruja, se ha pasado toda la jornada mirándome muy fijamente y algo, estoy segura, se figura. No dice nada, pero me parece que no pasará mucho tiempo sin que me pregunte directamente. Lo presiento.

Y ahora a mi cuento de hadas. El fin de semana pasado fue, como siempre, perfecto. Jorge vino con su coche desde Zaragoza hasta el Hotel Puerta América, inaugurado hacía dos meses, cerca del Santiago Bernabéu, donde yo le estaba esperando. En este encuentro, y de forma inesperada se produjo un acontecimiento fortuito y natural.

El viernes fuimos a cenar a un restaurante y allí me pidió formalmente relaciones. El sábado y el domingo, hicimos turismo. El sábado estuvimos en Toledo y el domingo en Segovia. Como Jorge sabía que mi familia y yo misma somos de Segovia, me propuso acercarnos hasta allí y llevarnos a mi madre, con lo cual podría hacer las oportunas presentaciones. Ni que decir tiene que me cogió de sorpresa, pero tras el inicial bloqueo, me dije ¿y por qué no?, aceptando encantada, pero a expensas de que mi madre aceptara.

Al principio se resistió, pero pudo más su curiosidad y mi insistencia, por lo que al final también aceptó. Tras las oportunas presentaciones y la emoción contenida por parte de todos, emprendimos camino de Segovia. El planteamiento inicial propuesto por mi madre, era que ella se quedaría en nuestra casa mientras nosotros

hacíamos nuestra vida, pero Jorge se negó en redondo. Deseaba que aquel día, estuviéramos los tres juntos. Y así fue.

Después de la obligada parada en nuestra casa, mi madre abrió todas las ventanas para ventilar las habitaciones, y pasar la fregona por toda la casa y quitar el polvo acumulado, tareas en la que colaboré mientras Jorge se encargaba de poner en marcha la calefacción y purgar los radiadores, llenos de aire debido al mucho tiempo que llevaban sin ser puestos en uso, nos fuimos a comer, como si lo hubiéramos hecho toda la vida, es decir, en la más perfecta camaradería. Una vez acabada la comida, paseamos por Segovia, y tras mostrar a Jorge los lugares más típicos, nos volvimos a casa, para pasar el resto de la tarde, pues el frío comenzaba a ser intenso y no apetecía mucho estar a la intemperie.

Durante todo el día, me he dedicado a observar a mi madre, y ella, en observar a Jorge. Y supongo que éste a las dos. Sobre las diez de la noche, nos dejaba en nuestra casa de Madrid y él emprendía viaje hacia Zaragoza.

Le he preguntado a mamá sobre Jorge, y me ha contestado que le parece "muy buen chico y una excelente persona". Todo ello con una sonrisa. Me ha abrazado y besado, a la vez que me decía, "¡estás loca hija mía!". Ninguna de las dos hemos podido contener las lágrimas, volviéndonos a fundir en un abrazo.

María.

17 Marzo, jueves

Ayer me llamó Jorge para decirme que este fin de semana no podríamos vernos, porque tenía que asistir a una Convención de Exportadores en Viena durante el fin de semana, salvo que si yo lo deseaba y quería acompañarlo, le haría muy feliz. Tras preguntar en mi trabajo si podía tomarme libre el viernes y obtener el permiso, lo he llamado para confirmarle mi asistencia lo que le ha producido una gran alegría. Irene me ha animado a ello y mi madre ha puesto el grito en el cielo. Así que mañana, tomaré el ave para Zaragoza, y desde allí en un vuelo chárter alquilado por la compañía que ha organizado la Convención, directos al aeropuerto de Schwechat, a 18 kilómetros de Viena.

Como no podía ser de otra manera, por la tarde, me he ido a comprar ropa adecuada para la ocasión, acompañada de Irene y mi madre, que al final ha dado su brazo a torcer y se ha animado a acompañarme. Finalmente ha debido pensar que era mejor ponerse de mi parte, dada de firme determinación que tengo en cuidar y mimar este maravilloso jardín que la vida ha puesto a mi disposición. La ilusión que tengo es tal, que hasta hay momentos en que pienso en clave de futuro, aunque luego me cuesta unas cuantas lágrimas. Pero he logrado asumir lo que me espera, simplemente "olvidándolo".

Hasta me he entretenido buscando en Google datos sobre Viena, y es impresionante las maravillas de todo tipo que encierra esa ciudad, cuna natal de insignes compositores, entre ellos mi favorito, Mozart. A pesar de lo rápido de la organización del viaje, tengo una lista grande de peticiones, tanto de Irene como de mi madre.

Me he comprado un vestido de los llamados de noche y dos para el día. El vestido de noche se ha empeñado en pagarlo mi madre. Luego, también hemos comprado zapatos que hicieran juego con los vestidos y algunos complementos que me han gustado. Ha sido un día de compras completo.

Al final, nos hemos ido los tres a cenar a Casa Revuelta, cerca de la Plaza Mayor, donde nos hemos pedido unos buñuelos de bacalao rebozado, que estaban de escándalo, acompañados de unas cervecitas y unos taquitos de queso. Hasta nos hemos pedido una ración extra de buñuelos para las tres. Sin esperarlo, el día ha sido de lo más estimulante.

María

21 Marzo, lunes

Hoy ha sido un día duro de llevar. En la oficina, todos me han preguntado por mis impresiones del viaje. Salvo Irene, que sabía de la presencia de Jorge, los demás desconocían este hecho y pensaban que mi viaje era exclusivamente turístico. Tras comentarles maravillas de los mil y un edificios, palacetes, avenidas, calles, parques y monumentos han quedado finalmente satisfechos.

Irene aguardaba su turno con impasibilidad disimulada, pues no participaba en el interrogatorio que a ella ni le iba ni le venía. Esperaba pacientemente que acabara de dar las explicaciones que el resto de compañeros me solicitaba. Como la cosa se alargaba, he podido observar en ella, algún detalle de impaciencia. Si de ella hubiera dependido, los hubiera mandado a todos a trabajar, y nosotras nos hubiéramos encerrado en algún despacho para hablar con tranquilidad. Cuando se acercaba la hora de salir a comer, me ha hecho una señal, indicándome que en ese momento ya hablaríamos.

Y así ha sido. Lo último que le interesaba eran los paseos y los monumentos y demás "cosas bonitas e interesantes que tienen todas las ciudades, incluida Madrid".

"Desembucha" me ha dicho escuetamente en el momento en que nos sentamos en nuestra mesa de La Nicoletta. Una vez que Marisa, la camarera, nos ha tomado la nota de lo que íbamos a comer, me ha apremiado para que le contase "todo, absolutamente todo", desde que llegué a Zaragoza y Jorge me estaba esperando.

Tras dos horas de conversación en la que creo que no me he dejado nada en el tintero, hemos dado por terminada la comida y regresado a la oficina. Durante el corto camino del restaurante a la oficina, no ha dicho ni media palabra, lo que me ha dejado desconcertada, conociéndola como la conozco.

Una vez en nuestros respectivos puestos de trabajo, se ha acercado a mi lado y en voz baja me ha dicho: "¿Y para cuando la boda?", a la vez que me miraba divertida, dada la expresión de absoluto desconcierto que se ha pintado en mi cara.

En casa, más de lo mismo, pero mi madre ha hecho más hincapié en los monumentos calles y paseos de Viena que de mi relación con Jorge. Le da miedo que esa relación se me escape de las manos, y dadas las circunstancias está temerosa de cada cosa que yo inicie o empiece.

El viaje fue muy bueno. Jorge me presentó al resto de personas que ocupaban el vuelo chárter y que pertenecían a diversas empresas que participaban en el evento de Austria. Luego, se dedicó en cuerpo y alma a mí.

Una vez en Viena, nos llevaron al hotel Ambassador, un hotel decorado con muebles de época, con un ambiente acogedor extraordinario, con todo de lujo de detalles y atenciones, imposibles de mejorar. Nos alojamos en la habitación que le habían asignado, pues quería reservar otra para mí, pero yo le dije que no hacía falta. Así es que con esto ya lo he dicho todo.

He sido inmensamente feliz y Jorge forma ya parte de mi vida de una manera indisoluble y sin solución de continuidad. Física y emocionalmente. Y todo ello, en un marco incomparable como es una de las ciudades más bonitas que yo he visto en mi vida: Viena. La recorrimos en tranvía, en taxi y paseando. Visitamos la casa de Mozart en la calle Domgasse 5, donde nos enseñaron objetos y partituras, así como vivía su familia en

aquellos tiempos. También estuvimos en el Café Mozart probando la famosa tarta Sacher, la original, la del Hotel del mismo nombre, en cuyos bajos se encuentra el café. Han sido tres días intensísimos, tres días que han llenado mi vida. Ahora yo misma me digo, ¿cómo iba a renunciar a esta felicidad? Mi destino, el de todos, está marcado bien a nuestro pesar.

Mientras nuestros pies nos lleven de un lugar a otro, y nuestros pulmones se llenen del aire que nos rodea, las fragancias de las flores inunden nuestros sentidos y los colores que la naturaleza nos ofrece, iluminen y alegren nuestros ojos, ¿por qué negarme a disfrutar esta felicidad?

Nunca jamás.

María.

2 Abril, sábado

Hace un rato han dicho por la "tele" que ha muerto Juan Pablo II. A las 9,30 de la noche. Mamá se ha llevado un enorme disgusto. Lleva pegada a la televisión varios días, siguiendo minuto a minuto la enfermedad del Papa. Mamá siente la religión como algo natural en el ser humano. No concibe que eso no sea así. Cree que la gente que es mala, lo es porque no tiene creencias. Cristiana y practicante, como suele decir a menudo, siempre intentó inculcarlos la religiosidad, tanto a mi hermana como a mí. Pero no lo consiguió, porque las dos somos bastante indiferentes al hecho religioso. Respetamos las creencias de los demás y si se tercia, asistimos a misas y actos religiosos sin ningún tipo de problema, pero no tenemos arraigadas creencias en un Dios todopoderoso que todo lo puede, porque si pensamos en ello con actitud analítica, nos planteamos muchas cuestiones que son difíciles de explicar desde la perspectiva de un Dios justo y benévolo. Con nuestra madre es difícil hablar de estas cosas, porque da por sentado que a los humanos no nos ha sido dada la facultad de entender todas las cosas. Aquello de que "Dios escribe con renglones torcidos" es la explicación perfecta, a su modo de ver, que explica las "incongruencias" que le presentamos a su consideración. "No podemos entenderlo todo, ni la razón del por qué suceden las cosas" nos argumenta. A veces, nos dice, "una desgracia que nadie entiende, es el origen de un beneficio mucho mayor. Solo Él, conoce el futuro. Mucho ateísmo hay en el mundo. "No sé cómo terminará todo esto." es la frase con la que suele dar por terminadas todo este tipo de discusiones.

También hoy, han muerto nueve australianos que participaban en una misión de ayuda humanitaria en Indonesia, donde trataban de ayudar a unas personas aisladas debido al terremoto que había sacudido la zona. No ha estado bien por mi parte, lo reconozco, pedirle a mi madre que me diera una explicación a este suceso, siguiendo su hilo argumental de la existencia de un Dios justo y armonioso. "Yo, hija mía, no lo sé", me ha dicho con una sencillez y con la voz queda, que me ha hecho sentirme mal conmigo misma. Será la última vez que yo haga esto. Al fin y al cabo, ¿realmente sabemos algo? ¿Qué sabemos nadie de nada?

María.

8 de Abril, sábado.

Mamá sigue estando pendiente de la televisión, con la retransmisión del entierro de Juan Pablo II. Según el comentarista, el funeral de este Papa será el más grande de toda la historia.

A la vista de toda aquella suntuosidad, no exenta de lujo en los ropajes y ornamentos de los protagonistas, así como el impresionante escenario de mármoles y otras rarezas, me ha llevado a considerar las inmensas riquezas que acumula la Iglesia y la cantidad de cosas que podrían hacerse para ayudar al tercer mundo a vencer el hambre, las calamidades y las enfermedades. Lo mismo que esas fortunas inmensas que atesoran muchas personas y cuyo único fin es ayudar a que cada día sea mayor. Qué poca consideración tenemos con nuestro prójimo, en este egoísta primer mundo.

¿Llegará el día en que un Papa, decida repartir lo mucho que tiene la Iglesia con los más necesitados, razón primaria y fundamental de la existencia de la propia Iglesia, tal y como ellos mismo predicán? ¿Llegará el día en el que los ricos, esos que tienen tantas riquezas que ellos solos podrían mantener una nación, vuelvan sus ojos hacia las naciones de África, Sudamérica y Asia, para contribuir con su esfuerzo y ayuda a desarrollarlas para el bien de sus pobladores, que no de sus corruptos dirigentes?.

Tal vez esto no ocurra nunca, pero no deja de ser una incongruencia más del primer mundo. Si los más fuertes explotan y abusan de los más débiles hasta límites insoportables, la respuesta, única y forzosa, será su rebelión y feroz venganza. Si el llamado primer mundo, se olvida del resto, no cuenten con que estos

hagan lo propio; bien al contrario, le harán objeto de su desesperación. Finalmente, llegarán a una única conclusión: que para sobrevivir deberán tomar con violencia lo que se les niega sistemáticamente.

Y en ese momento la justicia desaparecerá porque todos creerán estar actuando en nombre de esa justicia, aplicando soluciones crueles y sobre todo injustas. Y la seguridad en la que viven los habitantes del primer mundo, se demostrará que es totalmente falsa y ficticia. Al tiempo.

Me he puesto muy trascendente. Espero equivocarme. De verdad, así lo espero.

María.

19 Abril, martes

Seguimos con cosas de la iglesia. El Cardenal Ratzinger ha sido elegido Papa con el nombre de Benedicto XVI. Mi madre se ha llevado un pequeño disgusto, para mi sorpresa, porque el Cardenal alemán no es santo de su devoción. "¿No tenían otro?", comentaba. Yo, entre divertida y un poco irónica, la animaba diciéndole que Dios tendría un plan para aquel hombre y la Iglesia. "Estricto y serio sí que es", decía, "pero cuando le veo esa cara de avinagrado, no me acaba de gustar. Además es alemán". No sabía que a mi madre le caían mal los alemanes.

Al parecer, su resquemor hacia los germanos ya viene desde la época de los nazis y por todo lo ocurrido con los judíos, españoles, polacos y otros seres en los campos de exterminio. Y todo lo alemán le evoca aquellos tiempos de horror. Es curioso cómo las personas tenemos fobias que aparecen de forma inesperada y sin que realmente nos demos cuenta de que somos fóbicos sobre determinadas ideas, conceptos o cosas.

Por ejemplo, el racismo. Todos nos apresuramos a declararnos no racistas, pero no deja de ser una manifestación que entendemos políticamente correcta. En la práctica, todos somos un poco fóbicos y racistas. Se podría hablar de un mayor o menor grado fóbico. El racismo tiene mucho que ver con ideas preconcebidas que a lo largo de los tiempos se han ido incrustando entre nuestras maneras de ver y pensar. Yo, por ejemplo, cuando voy en el metro, tengo que reconocer que en el momento que veo a alguien que presenta caracteres gitanos, sin que yo lo pueda evitar me siento incómoda.

Y aunque lo hago de forma inconsciente, aprieto firmemente contra mi cuerpo el bolso o lo que lleve en un intento de asegurarme que no voy a ser víctima de un tirón o de un desvalijamiento: mis fobias han hecho acto de aparición.

Lo mismo pasa cuando tenemos a nuestro lado a una persona que, por su aspecto, damos en clasificar como pordiosera. No nos sentimos a gusto a su lado y procuramos alejarnos. Me imagino que ellos se darán perfecta cuenta de nuestros intentos de poner distancia entre ambos. Y tal vez estén tan acostumbrados que ya no les importe. Pero, pienso que no dejará de dolerles en su interior.

Esas fobias, de igual modo que nuestros glóbulos blancos se aprestan a la defensa en cuanto detectan algo potencialmente dañino para nuestro cuerpo, aparecen en cuanto reconocen en nuestros semejantes, aspectos y/o conductas que llevamos grabados atávicamente en nuestro interior, como autodefensa ante un peligro exterior. El problema es que, como les pasó a los Nazis, se pierda la razón y la fobia se convierta en un instinto criminal.

Por todo ello, tendemos a clasificar a nuestros semejantes en grupos más o menos afines a nosotros y a los que asignamos una serie de características. Gitanos, rumanos y similares gentes del este forman una categoría. Sudamericanos otra. Lo mismo que los árabes que a todos los clasificamos como marroquíes o moros. Igual que con los negros. En presencia de cualquiera de ellos, nuestros sentidos se ponen en alerta o prevención.

Cuando por cualquier razón, establecemos contacto con una de esas personas y la tratamos, nos damos cuentas de que también pueden ser personas maravillosas. Pero este descubrimiento, no evitará que sigamos manteniendo nuestras fobias y nuestra panoplia de temores con la siguiente persona que nos

encontremos y que pertenezca a uno de estos estereotipados grupos.

Así es que me guste o no, no puedo, o no debería, criticar a mi madre porque no le guste el Cardenal Ratzinger como Papa.

Por cierto, ¿los Papas no eran siempre italianos?

María.

15 Mayo, Domingo

Por la tarde he sentido una punzada en mi pecho. Acababa de colgar el teléfono tras estar hablando con Jorge cerca de dos horas. Mi madre ya se estaba impacientando. Al principio solo ha sido como una sensación, pero con el paso del tiempo se ha ido agudizando hasta hacerse casi insoportable. Me parece que mi cita con el destino se está acercando de forma definitiva.

Mi madre se ha dado cuenta enseguida, cuando ha visto el rictus que se me ha dibujado en la cara. Al instante se ha echado las manos a la cara y se ha puesto a llorar. El impacto ha sido brutal. Yo me he querido contener por no alarmarla más. Me voy a acostar con la esperanza de que mañana se me haya pasado el dolor y todo haya sido producto de cualquier tontería.

En cualquier caso, mi cabeza se ha puesto en marcha y me han vuelto ciertos recuerdos que no sé por qué pensé que ya no tendría.

En fin, mañana será otro día.

María.

18 Mayo, miércoles

Hoy he ingresado en el Hospital Central. Los dolores que me comenzaron a última hora del domingo, han continuado produciéndome un malestar general. El lunes fui al médico quien me dio un volante para el especialista. En el hospital me ha atendido la doctora Macías, la misma que me trató hace unos meses. Al verme, se ha quedado muy tocada por lo que significaba mi visita. Tras auscultarme y escuchar mis explicaciones, ha decidido ingresarme para realizarme una serie de pruebas. Sin embargo, su mirada triste y seria, junto a sus imperceptibles movimientos de cabeza, me han confirmado que los augurios que me hizo hace ya unos meses, se van a cumplir y ya anuncian su llegada. Una vez conocidos los resultados de las pruebas, sabremos a qué atenernos exactamente. Pero no me hago muchas esperanzas. Cuando le he preguntado cosas concretas no ha querido extenderse ni aventurar pronóstico. Es lógico. Pero la expresión de su cara hablaba por sí sola. De cualquier modo, deberemos de esperar a las pruebas.

Una vez ya en mi habitación y acostada en la cama, en mi mente se han agolpado multitud de ideas y recuerdos, en especial de mis vivencias de las últimas semanas. Y una infinita pena se ha apoderado de mí. Por un momento me he quedado sin fuerzas ni ánimo, incapaz de pensar.

Tras unos momentos de vacío mental, he comenzado a tomar control de mis pensamientos. Y lo primero que me ha venido a la cabeza, ha sido mi relación con Jorge. ¿Debía decirle que cuando le conocí, ya conocía mi dolencia, dejando al desnudo mi

desconsideración con él? ¿Le parecería correcto mi proceder? ¿Podría perdonar mi conducta? Estas preguntas y mil más llenaban mis pensamientos. Hasta he tenido un momento de enfado conmigo misma por haber dado pie a aquella situación, de la que Jorge llevaría la peor parte. Luego, más tranquila, he pensado que cuando hablara con él, justo en ese momento, decidiría lo que iba a decirle. Lo que me pidiera el corazón.

Ya es de noche cerrada. Mi madre está dormida a mi lado. He tomado el diario y he tenido la necesidad de escribir estas líneas, cosa que seguiré haciendo al menos durante el tiempo que sea capaz de hacerlo.

María.

19 Mayo, jueves

Irene ha venido hoy a verme al hospital. Al principio se ha mostrado muy entera, pero desde luego, era una pose que le estaba costando mantener. Cuando le estábamos comentando, mi madre y yo, los pormenores de mi recaída, ha entrado en la habitación la doctora Macías con una carpeta bajo el brazo. Irene, mi amiga, que se llama igual que la doctora, se ha levantado rápidamente para salir de la habitación. Pero no se lo he permitido. Necesito tenerla a mi lado en esos momentos. Con la mirada ha comprendido lo que le quería decir y se ha quedado.

Y en efecto. La enfermedad ha seguido su curso, y el tumor empieza a dar señales de que su crecimiento se desborda por momentos. Ha empezado por afectar a parte del pulmón, y seguirá haciéndolo con el otro, pues han detectado metástasis, prácticamente general. En breves días, tal vez semanas, todo habrá acabado.

La doctora ha ido desgranando su triste diagnóstico sin prisa pero sin pausa. Deseaba también pasar del trance de la forma más simple y rápida posible. Las tres la escuchábamos, sentada a los pies de la cama. Mi madre y mi amiga Irene, situadas a cada lado de la cama, tomaban mis manos. Y cosa curiosa, hemos aguantado toda la lectura sin llorar. Mirandas tensas, ojos brillantes y los rostros fruncidos.

Cuando la doctora ha terminado de leer, se ha quitado lentamente las gafas y las ha guardado en la funda que ha puesto en uno de sus bolsillos. Luego, ha dicho, muy quedamente, "siento no tener mejores noticias", con la emoción atenazándole la garganta. Sin

decir nada más, ha salido de la habitación de forma apresurada. La situación le había podido.

Yo, después de escuchar el informe, sorprendentemente me he quedado completamente tranquila. En realidad, en mi interior, y de forma no consciente, llevaba ya varios meses asimilando aquello que me acababan de confirmar. Aquello constituía el punto y final de algo que ya había asumido. He abrazado a mamá quien ha explotado en llanto, y de forma que yo no podía esperar, ha comenzado a pronunciar improperios contra el destino, haciendo a Dios responsable de todo aquello, reprochándole la injusticia cometida conmigo. Al cabo de un rato se ha serenado, y ha salido de la habitación. Irene, a mi lado, no ha dicho ni media palabra. Más tarde hemos hablado de mi preocupación por la forma de comunicarle aquello a Jorge. Y mi amiga, con los ojos semi-cerrados me ha dicho: "yo me encargo María. No te preocupes."

María.

21 de Mayo, sábado.

Ayer Jorge vino a verme al hospital. Mi sorpresa fue mayúscula. Y sentí una gran vergüenza, así de repente. Yo había pasado una mañana con bastantes molestias y unos dolores relativamente fuertes en el pecho y de vez en cuando comencé a toser, dejando rastro de sangre en los pañuelos.

Han comenzado a suministrarme dosis muy pequeñas de opio. Eso me relaja y quita el dolor bastante rápido. De momento las dosis son pequeñas pero me imagino que conforme pasen los días, y los síntomas se agraven, tendrán que aumentarlas. Estoy bastante informada sobre mi enfermedad. En Internet ya había encontrado, meses atrás, múltiples artículos que hablaban sobre ello y con los que me había informado. Parecerá un tanto morboso, pero sentía la necesidad de saber.

Cuando la puerta se abrió y levanté los ojos del libro que estaba leyendo para ver quien entraba, me llevé una gran sorpresa al ver en el dintel de la puerta a Jorge. Yo esperaba que Irene me comentase cómo le había ido con la misión de hablar con él, pero al parecer era el mismo Jorge quien me traía la respuesta.

Al verlo, una mezcla de alegría, vergüenza y miedo a partes iguales me inundó. Se acercó a mí y me besó. Luego saludó a mi madre, tras lo cual, ella salió de la habitación, donde según me he enterado después, estaba Irene, quien había acompañado a Jorge hasta allí.

Mi cabeza andaba a la busca de la mejor manera de empezar. Pero no me ha dado tiempo. "Irene me ha informado de todo", me dijo. "¿De todo?", le dije, "De todo.", contestó. Se produjo un instante de silencio con

las miradas clavadas el uno en el otro. "Y quiero darte las gracias, por haberme proporcionado estos meses de felicidad", dijo, haciendo que un rayo de luz me ilumine completamente por dentro. Ya no me importa morir. Ese fue mi primer pensamiento.

Nos abrazamos. Irene me había hecho el inmenso favor de interceder por mí ante Jorge, dejando el panorama despejado de negras nubes. No hablamos más de lo que pasó, pudo ser y no fue. Ni siquiera de lo que estaba por venir. Nuestra relación a partir de aquel momento, se mediría por instantes. Ni pasado ni presente. Ni nostalgia ni esperanza. Solo ahora.

Luego Jorge salió a buscar a mi madre y al poco rato volvió con ella e Irene. Pasamos el resto de la tarde comentando cosas sin sustancia o sucesos del mundo. La caja de bombones que trajo Jorge desapareció rápidamente y eso que era de las grandes. No hay como un bombón para endulzarte la vida.

María.

23 Mayo, lunes

Mi amiga Irene viene todos los días a verme. Damos largos paseos por el pasillo, y hasta bajamos a cafetería a tomar un cortado. Me pone al día de los chismes de la oficina y del mundo en general. Es una forma de mantenerme entretenida y divertida.

Irene se constituyó desde que descubrieron mi enfermedad, en uno de los pilares indiscutibles de mi vida. En algunos aspectos, es superior al apoyo que representa una madre, pues a una amiga le puedes comentar cosas que no puedes o no te atreves a plantear a tu madre. Una amiga te garantiza que te dará una opinión sincera sobre temas íntimos que a una le importan. Una madre, según el tema, te dará una opinión ya estereotipada y que esté de acuerdo a sus formas de ver y sentir, lo que normalmente es totalmente opuesto a lo que tú quieres o necesitas oír.

No es que su consejo no sea válido, pero si tú tienes la sensación de que tu madre trata de dirigirse según su entender, tratando de evitarte lo que ella llama un peligro o un mal paso, sin sopesar otros aspectos como son tu propia opinión y deseo, entonces evitarás comentarle algo, con lo que puedes cometer el error. Por eso, la amiga, a la que supones exenta de esa manía de protección extrema, es tu paño de lágrimas. En eso se ha convertido mi amiga Irene. Tenerla a mi lado me produce una gran sensación de seguridad y tranquilidad. Si ella sonrío o está contenta, yo también sonrío y me alegro.

En la cafetería, en la que pasamos muchos ratos, hablando o simplemente observando el ir y venir de enfermos o visitantes, se nos pasan muchas horas del día. Yo ansío que se hagan las cinco y media de la tarde para verla entrar por la puerta de mi habitación. Casi

hago como esos perrillos que llegada una hora determinada, cogen la correa con la boca y esperan sentados a que aparezca el dueño maravilloso que los saque a pasear por la calle. No muevo el rabo, pero mi sonrisa se extiende por toda mi cara.

En cuanto a Jorge, me llama varias veces al día. ¡Si supiera cuanto le agradezco su "forzada indiferencia" sobre mi enfermedad! Nos limitamos a recordar los mil y un detalles que vivimos juntos durante esas excursiones y viajes. Yo le pregunto por su trabajo para quitar hierro. Todo le va saliendo a las mil maravillas. Ahora están pensando en instalarse en China, porque según Jorge, en pocos años, la cocina del mundo estará allí funcionando con cien mil fogones. Piensan hacer un viaje a esas tierras míticas, para hacerse a la idea de las posibilidades reales de establecerse allí. Yo bien sé, que si no fuera por lo que es, ya habría hecho planes para que yo le acompañara hasta allí. Y yo gustosa de aceptar semejante plan. Pero....

Mamá suele salir por las mañanas a dar un paseo por el parque. Le viene bien un poco de aire fresco y andar unos cuantos centenares de metros. No sé por qué no le ha gustado nada que el sábado, Grecia ganara el festival de Eurovisión. Según ella, una canción horrible. "Era mucho mejor la nuestra." decía.

En cuanto a lo "otro", poco a poco noto como mi enfermedad avanza. La noto agazapada, hasta que se decida a dar el paso definitivo.

María.

Estoy totalmente de acuerdo con su madre. A mí no me gustó nada la canción griega, pero menos aún la española del grupo Son del Sol.

Sigo impresionado por la forma en cómo María afronta el tramo más difícil de su vida. Sin embargo, su lucha y su forma de enfocar el momento final me ha

hecho meditar profundamente y cada instante la comprendo mejor. El único problema es que hay que tener su determinación y su valentía para tener éxito y no sucumbir todavía más.

27 Mayo, viernes

Hoy mi madre ha regresado de su matinal paseo, un poco alterada. Cuando le ha parecido bien, me ha contado el motivo de su excitación. Resulta que en su paseo diario por el parque cercano al hospital, tras realizar su largo y cotidiano recorrido, ha decidido sentarse a descansar en un banco en el que se encontraba una persona leyendo el periódico. Desde el primer instante, le había parecido conocer a aquella persona que leía tranquilamente. Tras unos minutos de darle vueltas a la cabeza, ha caído en la cuenta de que se trataba del escritor Carlos Mendoza, del que somos las dos muy aficionadas. Casualmente, ahora estoy leyendo uno de sus libros, **El hombre inexistente**, que me está gustando mucho. En él, se cuenta la historia de Larios, el protagonista, que por una serie de razones debidas a un suceso, aparentemente inocuo, se ve inmerso en una serie de acontecimientos que lo someterá a unas circunstancias extremas desde el punto de vista afectivo y económico. Gracias a su especial capacidad de adaptación psicológica y mental para responder a los terribles sucesos de su entorno, puede sobrevivir a ellos sin caer en un estado de locura e inestabilidad emocional. Se trata de un superviviente nato, que adapta todas sus necesidades íntimas e intelectuales a las nuevas situaciones que de forma vertiginosa se van sucediendo en su, hasta ahora, cómodo vida. Francamente, estoy encantada con el libro y su autor. Me siento completamente identificada con el protagonista del libro.

Según me va contando, el escritor le ha parecido un hombre encantador, al que no ha querido molestarle. Le había parecido una descortesía entablar con él una conversación inocua y sin sentido. Tal vez en días sucesivos encontraría algún momento en el que poder abordarle y con la excusa de pedirle el autógrafo para mí, podría entablar alguna conversación. De poco han servido mis amonestaciones por el hecho de no haberse decidido a dirigirse al escritor. Me hubiera gustado tener alguno de los libros que tengo de él, firmados de su puño y letra. Pero ella ha finiquitado la conversación diciendo que "otro día sería".

Jorge sigue con su proyecto de China. Cuando le pregunto sobre cuándo deberá partir hacia allí, me contesta con evasivas, aduciendo que primero deben de realizar una serie de estudios y tanteos con los organismos que ya hay en España, especialmente en su Embajada en Madrid. Y luego, seguramente algún ejecutivo de la empresa, se trasladará allí para confirmar lo que nos informen en Madrid. "Está muy lejos-dice-como para ir a la aventura". Pero yo sé las razones reales por las que no va, así es que finjo creérmelas a pies juntillas.

María.

Desconocía esta circunstancia. Menos mal que he causado una impresión favorable en su madre. Porque a veces peco de un poco de adustez, en mi relación con los demás. La verdad es que se agradece que de vez en cuando, nuestra vanidad se alimente con el afecto y admiración de otros, especialmente de nuestros lectores, ya que es a ellos a los que dedicamos nuestro trabajo. Condición humana, pienso.

4 Junio, sábado

*He terminado hace un par de días el libro de Carlos Mendoza, **El hombre inexistente**. Magnífico. En estos dos días he meditado mucho sobre su mensaje. En muchos pasajes, suscribo punto por punto lo que en ellos se dice.*

Impresiona ver cómo va cortando sistemáticamente sus lazos con el mundo exterior, a la misma velocidad que este va cambiando, cerrándose en sí mismo, en un intento desesperado de sobrevivir. Cuando la traición y la desgracia, se ceban en su vida, ésta se viene abajo de repente. Debe de hacer frente a numerosos problemas que a su vez le proporcionan otros problemas colaterales, no menos importantes. Y a todos ellos responde. No cae en la desesperación. Ni siquiera se queja. Simplemente, se encierra en sí mismo. En su mundo interior, donde todo está en su sitio. Todo bajo control.

En el protagonista confluyen todo tipo de problemas a los que nos podemos enfrentar los humanos: el miedo, el desconocimiento, la presión social, la violencia. Hay momentos en que la atmósfera que le envuelve es agobiante. Una no deja de sentir lástima y hasta un cierto agobio por tanta desgracia acumulada, y he deseado constantemente que su situación se aliviara en el siguiente capítulo. Pero no, empeoraba. Casi me daba miedo continuar con uno nuevo.

Sin ningún lugar a dudas, me encuentro plenamente dentro de la piel de Larios, el protagonista. Él y yo, adoptamos la misma filosofía de vida ante algo que es más grande que nosotros, que nos supera por todos los lados y que desde el principio, somos

absolutamente conscientes de que no podemos vencer. Sin embargo, no nos rendimos fácilmente. Es nuestra manera de resistir, que no de sobrevivir, porque al final, él no sobrevive, al igual que yo, que no sobreviviré. Pero quien sabe, somos como el Ave Fénix, que renacía de sus propias cenizas.

Cuando he dado lectura a su última línea, al cerrar el libro, de repente, una idea ha tomado forma en mi cabeza, como un impulso instantáneo e irrenunciable, como un deseo irrefrenable: me gustaría que Carlos Mendoza terminara de escribir la última anotación de este diario. Es más, si me fuera dado pedir un último deseo, como a los reos condenados a muerte, este sería el elegido.

Mañana se lo comentaré a mi madre. A ver qué dice.

María.

10 de Junio, viernes.

Tengo el presentimiento de que esta va a ser la última vez que escribo en este diario con mi propia mano. Los efectos de los opiáceos que me administran, en mayor cantidad y frecuencia, debido a los muchos dolores que me quitan hasta la respiración, me dejan ausente y sin fuerzas.

El solo hecho de incorporarme para escribir es toda una odisea para mí. Y una vez en posición, mis pensamientos se alejan de mí, en función del dolor que me aprisiona y que me impide respirar.

Despedirme de la gente a la que quiero es muy duro. Mi hermana llegó ayer desde los Estados Unidos acompañada por su marido y sus hijos. Vienen, según me cuenta, de vacaciones. Y no lo dudo, solo que coinciden sospechosamente con un entierro, el mío. A veces hablar con un enfermo en mis condiciones es muy duro para los demás, porque lo último que quieren es hacer o decir algo que entienden te puede doler o hacer daño. ¡Pobrecitos, que mal lo están pasando!

Mamá, ha estado, está y estará siempre a mi lado y yo estaré en su recuerdo. Yo diría que ella ha sufrido más que yo. Primero porque es un palo que un hijo te preceda en esto de abandonar el mundo. Cambiar el orden natural del paso por este mundo, es algo que es difícilmente soportable por los padres. Ellos cambiarían gustosamente sus destinos, con una sonrisa en la cara. Luego, verte sufrir les aturde todavía más. En mi caso, esa experiencia maravillosa con Jorge, ella no pudo saborearla porque anteponeía a todo "lo otro", y eso le impedía compartir tu felicidad. ¿Cuántas veces no se

habrá preguntado por qué Dios la castigaba de ese modo? Infinitas. Y sin respuesta.

A mi hermana Marta la he descubierto a raíz de declararse y conocerse mi enfermedad. Parece como si los humanos necesitáramos de situaciones dramáticas y al límite para mostrar nuestros sentimientos y cariño a los demás, familiares o compañeros, quienes nos acompañan en nuestra aventura vital de pasar por esta vida. Nunca fuimos muy amigas. Solo hermanas. Y nos parecía ya suficiente. Ahora viéndola a mi lado, mirándome de soslayo, a buen seguro que pensando la cantidad de buenos momentos que dejamos pasar para mostrar el cariño y amor que nos teníamos, pero que nos guardábamos dentro, no sé para qué, si eso no se gasta y si no lo usas no tienes más, la siento muy cerca de mí.

Mi tío Luis, es un caso aparte. Hombre abierto y sin complejos, se puso el mundo por montera y se fue a hacer las américas. Pero llegó el día que la morriña y la nostalgia, pusieron proa hacia España, su origen, su cuna. Sensible hasta más no poder, quiere mostrarse alegre delante de mí, en ese vano intenso de mirar hacia otro lado, pero en cuanto se va, o no estoy delante, se echa a llorar como un niño. Ahora mismo, se me están escapando las lágrimas, al escribir esto sobre él. Tampoco entiende que lo adelante en esto de marchar. Ha sido, es y será mi tío favorito.

Irene, mi amiga del alma. También con ella me ha pasado algo parecido a lo de mi hermana. Con mi enfermedad, me ha mostrado su amistad, más allá de formalismos y buenas formas. Ella ha sido un apoyo maravilloso, y ha hecho el papel de abogado del diablo ante algunas de mis decisiones de los últimos tiempos, pero siempre con el afán de que no recibiera daño alguno. ¡Qué importante es tener a tu lado una amiga tan leal e incondicional como Irene! ¡Impagable!

Y por último Jorge, mi último tren del amor, del que me tengo que bajar por razones de fuerza mayor. Me ha

aportado unos momentos de felicidad que me han ayudado a llegar al final, ¡Dios sabe a qué precio para él! Mi "maño", cual caballero Lanzarote, ha puesto toda su capacidad de amar a mi disposición, llenando mi alma y mi existencia de una luz tan intensa y radiante, que espero que sea suficiente para inundar las de mis seres queridos y les ayude a asumir mi marcha.

El otro día le pedí a mi madre que, dado que conocía a Carlos Mendoza, le pidiera que el día en el que yo fallezca, haga la última anotación en este Diario, como si fuera yo misma la que la escribiera. Sé que esta petición, es poco, o mejor, nada razonable, pero si ello fuera posible, mi satisfacción sería completa. De cualquier modo, y aunque no nos conocemos, le doy las gracias por anticipado tanto si le es posible como si no.

Adiós.

María.

Estoy llorando, lo reconozco. Tengo el alma sobrecogida y estoy helado por dentro. Creo que dejaré pasar unos días para asumir el papel que se me pide. No estoy seguro de lograrlo, porque nunca en mi vida me había ocurrido una cosa así. Una cosa es ponerse en la piel de un personaje que estás creando y otra muy diferente, hacerlo con uno real, ¡y que uno, nada menos que un Ave Fénix!

Epílogo

11 de Julio, lunes

He salido de casa con paso decidido. Eran las siete de la mañana. Llevaba conmigo el Diario de María, la historia vital de una mujer excepcional, contenido entre sus tapas rosadas. Me he dirigido al Hospital General decidido a obtener la dirección de Marta, la madre de María. Mi intención era la de preguntar directamente por la doctora Macías que era la facultativo que la atendió durante el tiempo que estuvo ingresada.

Ante sus puertas, me he detenido unos momentos, tratando de acompasar mi respiración y recobrar un poco el ánimo. Me doy cuenta de que realmente estoy muy afectado. Una vez dentro, me he acercado hasta el mostrador de recepción, donde me ha atendido la misma persona que la vez anterior quien me ha reconocido al instante, dedicándome una amplia sonrisa.

-Vengo preguntando por la doctora Macías. ¿Podría decirle que Carlos Mendoza desea hablar con ella?

-¿El escritor?-ha preguntado la empleada administrativa.

-Sí, el mismo. Dígale que es por un tema sobre María, una paciente suya que falleció recientemente.

La empleada ha descolgado su teléfono, y tras hablar brevemente por él durante unos segundos, se ha vuelto hacia mí.

-La doctora lo recibirá en unos momentos. Si quiere usted esperarla en el recibidor de la entrada, no tardará mucho en bajar.

-Muchas gracias señorita. Ha sido usted muy amable-he dicho, añadiendo una forzada sonrisa.

-Suerte- me ha respondido la funcionaria a la vez que me dirigía una mirada de complicidad.

Según parecía, había intuido mis intenciones. Mientras esperaba a que bajara la doctora, ha caído en la cuenta de que llevaba el diario de tapas rosas en la mano,

y ella lo había mirado varias veces. Tras unos minutos de espera, sentado en una cómoda silla en recepción, ha hecho su aparición la doctora Macías, una mujer rubia de cuarenta y seis años de edad, quien se ha dirigido directamente hacia mí.

-Buenos días, señor Mendoza. Es un placer para mí conocerle en persona. Usted me dirá.

-Pues verá usted. Lo que quisiera exponerle puede llevarme algunos minutos y no querría molestarla en pleno desempeño de su turno. Le agradezco mucho que pueda atenderme y quisiera evitar ser inoportuno.

-Bueno. Ahora es mi momento de descanso. Si le parece podríamos hacerlo en la cafetería mientras tomamos un café ¿Qué le parece?

-Perfecto. Usted me indicará el camino-he dicho, a la vez que seguía a la doctora en dirección a la cafetería para el personal sanitario del hospital.

Una vez allí, hemos pedido dos cafés, y tomado asiento en una mesa que se encontraba situada en un lugar discreto del recinto.

-Bueno, usted me dirá, señor Mendoza.

He comenzado mi relato sin omitir absolutamente nada, con toda clase de detalle. De vez en cuando, abría el diario y le mostraba algunas líneas. La doctora se ha emocionado en varios pasajes del relato, enjugándose discretamente alguna lágrima que asomaba a sus ojos.

Cuando he terminado mi exposición, la doctora estaba dispuesta a facilitarme la dirección de la madre de María. Nos hemos intercambiado los números de teléfono de los móviles y hemos quedado en que me llamará cuando tenga la dirección que piensa obtener del expediente. Terminado el café, nos hemos saludado y cada uno se ha ido por su lado. Le he prometido que la tendría perfectamente informada sobre el final de aquella triste y penosa historia.

13 de Julio, miércoles.

El tren se ha detenido en el centro del andén de Segovia entre nubes de vapor y chirridos de las ruedas rozando el carril. He bajado con los nervios a flor de piel, llevando a modo de bandolera, una cartera-bolso con la que voy siempre que salgo de viaje. En ella tiene cabida todo cuanto puedo necesitar: un par de cuadernos, plumas, bolígrafos de colores, dos móviles, un escáner de bolsillo, una cámara fotográfica, una bolsa con los utensilios de higiene bucal y varias cosas más que yo considero absolutamente indispensables. He echado un vistazo a la nota que llevaba en el bolsillo superior de mi camisa. En ella figuraba un nombre y una dirección: Marta Suárez Gil, Plaza del Azoquejo, 5 2º Dcha. Segovia, junto al acueducto.

He tomado un taxi y he pedido al taxista que me llevara a la dirección que figuraba en el papel. Diez minutos más tarde me encontraba ante una casa de cuatro plantas con el número 5 sobre el dintel de la puerta. Justo frente a ella, se alzaba majestuoso el Acueducto, obra maestra de los romanos. Con la maravilla romana a mi espalda, he levantado la vista en busca de la tercera planta que coincidía con el 2º de la nota. He visto las persianas semi bajadas y los balcones ornamentados con flores. Me he acercado a la puerta y he pulsado el botón con el nº 2. Al cabo de unos segundos, alguien ha contestado.

-¿Sí?-

-Buenos días. Vengo buscando a doña Marta Suárez.

-Sí. ¿Y de parte de quién?-ha preguntado aquella voz, a la que le he notado un cierto quiebro.

-Soy Carlos Mendoza y le traigo un diario que creo es de su propiedad-he dicho, a la vez que sentía como la persona que estaba al otro lado de la línea emitía unos leves sollozos.

-Pase, por favor, Don Carlos.

En ese instante el desagradable sonido de la chicharra de un relé, me ha indicado que el resbalón estaba contraído y debía empujar la puerta para poder entrar en el inmueble. Un minuto después, estaba delante de la puerta del 2º Dcha., y en el dintel, doña Marta me estaba esperando con actitud nerviosa y con un pañuelo en la mano. Con un gesto, me ha invitado a pasar hasta un espacioso salón, indicándome un sofá para que tomase asiento.

-Permítame don Carlos, que le prepare un café, ¿o desea alguna otra cosa? Un licor, un refresco, lo que sea.

-No se moleste, por favor. No quisiera ocasionarle ninguna molestia.

-¡Por favor! Permítame un minuto.

Marta me ha dejado solo en aquel salón. Frente a mí, una fotografía cruzada con una banda negra, por lo que he deducido que debía de tratarse de María, rodeada por otras muchas fotos tomadas a lo largo de su vida. Allí podía ver fotografías de su estancia por Mozambique. En otras aparecía de cuando era niña pequeña vestida con el traje típico de Segovia, en sus diversas formas. Títulos académicos y otros diplomas conseguidos a lo largo de su vida colgaban de la pared. En resumen, tenía frente a mí la historia documental de María.

Al poco rato, Marta, procedente de la cocina ha venido con una bandeja en la que había una cafetera, platos de postre, dos tazas de café, un azucarero y en una fuente de plata, ponche, dulce típico de Segovia, dejando todo sobre una mesa bajera, situada en el centro del salón.

Marta era consciente del porqué de mi presencia en su casa, reforzado por el pequeño envoltorio que llevaba

en mi mano y que se correspondía con las dimensiones del diario.

-¿Me equivoco, doña Marta, si le digo que para usted no es una sorpresa verme aquí?-le he dicho con una sonrisa de circunstancias.

-No, no se equivoca, don Carlos. Y además, debo decirle que siento un profundo alivio-ha contestado Marta.

-Bueno. Antes de nada, quiero manifestarle mi más sentido pésame por tan triste y lamentable pérdida-he dicho a la vez que me levantaba y la he abrazado entrañablemente. Ella se ha echado a llorar a la vez que se refugiaba en mi hombro. Durante unos momentos, se ha hecho un silencio roto únicamente por los sollozos de Marta. Luego nos hemos separado, volviendo a nuestros asientos. Doña Marta me ha servido un café, poniendo en un plato de postre un trozo de bizcocho. Tras tomar de mi taza un breve sorbo, he tomado la palabra.

-Desde el momento en que vi el diario en el suelo, momentos después de que usted abandonara el banco en el parque, ¿recuerda?-Marta ha asentido cerrando los ojos- creo que no he tenido un momento de paz, entiéndame bien. Rápidamente busqué con la mirada por los alrededores, tratando de localizarla para devolverle el libro, no pude encontrarla. Enseguida me di cuenta de que se trataba de un cuaderno de los que se utilizan para escribir diarios personales. Estuve varios días esperándola en el mismo banco, pero usted ya no volvió. Al cabo de una semana, y con gran aprensión, me decidí a abrirlo por ver si podía encontrar en su interior alguna dirección o pista que me permitiera devolverlo. Pero lo que no podía imaginar, era lo que me iba a encontrar al posar mis ojos en su primera línea. Como puede suponer me quedé helado. Instintivamente cerré el libro. Tras la lectura de la terrible primera anotación, al leer la segunda me vi con información suficiente para poder devolverlo. Me dirigí directamente al Hospital General y allí obtuve,

como única información, el fallecimiento de María, lo que me produjo un gran impacto, por inesperado. En esa ocasión no se me pudo informar de la dirección donde poder dirigirme para devolver el diario. Según parece, la ley prohíbe que se faciliten este tipo de datos a personas ajenas a la familia. No me parece mal en absoluto, pero....-nuevo sorbo de café, mientras Marta lloraba en silencio.

-Con ello me veía obligado a leer el resto del diario en busca de alguna información complementaria. Pasé algún tiempo buscando argumentos en los que basar mi decisión de seguir leyendo. Fue entonces cuando comprendí que tal vez el librito no estaba por casualidad en mis manos, porque había algunas cosas que no me encajaban dentro de una lógica.

Finalmente me decidí, y comencé su lectura. De esta forma pude comprobar que mi percepción había sido correcta y que en efecto, estaba leyendo el diario con el permiso de su autora. Fue como una sentencia absolutoria del delito de indagar en la vida privada de una persona. Pero "el encargo" que me hacía María, de escribir la última anotación, cargaba sobre mis espaldas una doble sensación: por un lado, satisfacción por la confianza expresada en mi persona, y por otro, una responsabilidad inmensa que atenazó mis pensamientos durante varios días. No sabe usted doña Marta los vaivenes y desazones interiores que se formaron en mi interior. Perdí hasta el apetito. Leí y releí varias veces el diario, y en su lectura encontré el valor suficiente para seguir y aceptar plenamente el compromiso.

Y así fue como un día comencé a escribir, y hoy, lo pongo en sus manos, doña Marta, perfectamente cumplida su última voluntad, como ella pidió. También le informo de que he hablado con mi editorial, y si usted da su permiso, el Diario será publicado, para que tal y como quería nuestra María, sirva de ayuda a quien lo lea.-terminé finalmente.

-¡Por favor!-dijo llorando doña Marta.

Nuevamente nos hemos abrazado. Ella estaba emocionada y temblorosa. Le he entregado el paquete que traía, que ella ha tomado con manos temblorosas. Marta, ha quitado el envoltorio que cubría el librito, y lo ha estrechado contra su pecho. He sentido un enorme nudo en la garganta, cuya presión me producía dolor físico. Cuando ambos nos hemos recuperado de la emoción, hemos vuelto a ocupar nuestros asientos.

-Le rogaría doña Marta, y si le es posible, que leyera en voz alta la última nota del diario. Quisiera escucharla en una voz femenina. Eso me agradaría enormemente.

-Es lo mínimo que podría hacer don Carlos.

Lo ha abierto por el final, y tras colocarse y ajustarse las gafas, ha aclarado su voz, y ha comenzado la lectura del último capítulo.

14 de Junio, martes.

Soy Carlos Mendoza.

María ha fallecido hoy, aunque la fecha real de esta anotación es de varios días más tarde. Por expreso deseo de ella, sintiéndome profundamente honrado y conmovido y presa de una indescriptible emoción, voy a escribir en este diario, de mi puño y letra, la última anotación. María asentó su última anotación en él, el día 10 de Junio, momento en el que le abandonaron las fuerzas que le impidieron seguir escribiendo.

He de reconocer que me tiemblan las manos cuando estoy escribiendo estas líneas. Llevo bastantes días pensando en cómo darle cumplida satisfacción a este insólito encargo. Como muy bien puede imaginarse el lector, me ha costado noches de insomnio, sudor, lágrimas y sobretodo, un profundo dolor interior.

¿Cómo acercarme al alma de María sin sentir miedo ante tamaña responsabilidad? ¿Cómo escribir sobre sus últimas sensaciones, que no sobre ella, como demanda en su anotación del 30 de Abril, sin sentir el temor de no estar a su altura o herir alguna susceptibilidad del lector que pase su vista por las impresionantes líneas que componen este diario? Por convencimiento.

Y el primero de todos, es mi más profundo convencimiento de que María deseaba que este diario fuera leído por mucha gente. De alguna forma, constituye su testamento vital que por deseo expreso, quiere que sobrepase el ámbito personal e íntimo de su autora, deseando que a quien por desgracia pueda verse en su misma situación, le sirva como referencia y le ayude a asumir y conllevar su implacable destino con naturalidad, que no resignación, y que esos últimos momentos no se los engulla la tragedia, sino que le sirvan de plataforma

para un adiós asumido, cuya única diferencia con los demás, es que ellos no conocen el tiempo que les queda, más o menos largo para partir. La diferencia, una vez más, es el conocimiento. La referencia.

En su diario, María, cual Ave Fénix que renace de sus propias cenizas, aporta su especial óptica sobre las diferentes situaciones que jalonan la vida de una persona. Su decidida actitud para sobreponerse a todas las contrariedades se basa en la asunción de unos principios éticos basados en la sencillez y la humildad. Después de innumerables lecturas del diario, creo haber entendido la profunda idiosincrasia de María, y aunque esto lo digo con una cierta precaución, no exenta de temor, creo que ella, hubiera hecho un resumen de sus inquietudes y sensibilidades. Tal vez ella lo hubiera hecho en los siguientes términos:

Si alguien me preguntara, ¿Qué es lo que siempre has querido ser en este mundo? le diría sencillamente: ser una persona que sin estar adornada de grandes virtudes personales ha conseguido vivir sus días de acuerdo con su forma de entender la vida. Haz y deja hacer. Vive y deja vivir. Ríe y alegra a los demás. Comparte y no atesores. No creo haber olvidado nunca que lo que he tenido en esta vida, lo ha sido a título de prestado. Y confío en que al devolverlo, no haya menguado, sino bien al contrario, se haya incrementado. He sido, todos lo somos, administradora del tiempo que se me ha concedido y espero haberlo hecho bien. Solo los que se quedan pueden juzgar a los que se han ido. A ellos corresponde el veredicto. En cuanto a mí, parto con el convencimiento del trabajo realizado. Me he dado al mundo y el mundo me ha sido dado. Incluido el Amor.

Cuando pierda la dimensión del tiempo, mi yo consciente dejará de existir, y lo que es mejor, no habrá existido nunca. Rectifico; sí que habré existido: en el recuerdo de los demás. Tan solo existiré en la memoria

de los que me hayáis conocido y solo mientras permanezcáis aquí. En resumen, seré una referencia en vuestros recuerdos. Una referencia. La dualidad que permanentemente acosa a las personas habrá desaparecido en ese momento, pues a la vez, formaré parte del todo y de la nada. Los humanos vivimos siempre pendientes de una referencia, recuerdos, para ubicarnos en el espacio-tiempo. Cuando esa referencia no existe, nosotros tampoco existimos.

Pero no es de esto de lo que quiero escribir en los últimos momentos de mi vida. Quiero dejar un mensaje de vida, un mensaje de optimismo, y todo ello resumido en una sola frase: verdaderamente se vive cuando andamos a la búsqueda de la felicidad.

Por favor, vedlo desde este otro punto de vista. Cada día nacemos cuando nos levantamos y morimos cuando dormimos. Por tanto, cada nuevo día es una oportunidad de esperanza, una oportunidad para dejar señales de nuestro paso por este mundo. Un día donde mejorar lo del día anterior. Hagamos de nuestra vida un rosario de buenas intenciones y buenas acciones.

Nuestro único objetivo debe ser el de alcanzar la felicidad y tratar de hacer felices a los demás. Ciertamente es que la vida nos presenta múltiples trampas y celadas con aspecto agradable y ameno y que de no andar atentos, nos encadenarán con susurros y ofertas halagüeñas, que lo único que harán será esclavizar nuestras vidas, aunque se enmascaren de aspectos bonachones y apetecibles. La felicidad, la verdadera felicidad, no requiere grandes propiedades, ni recursos, ni tener un lugar preeminente en la sociedad. La verdadera felicidad solo requiere sinceridad con nosotros mismos, y la llevamos dentro. Vive de acuerdo a tus propios dogmas, a tus posibilidades. Aprovecha lo que tienes y no añores lo que no tienes.

María.

Una vez que Marta hubo terminado de leerlo se hizo un silencio profundo en aquella habitación.

-Muy hermoso. Gracias don Carlos. Ambas, María y yo, le quedamos muy agradecidas.

No nos hemos dicho nada más. No ha hecho falta. Nos hemos despedido con un abrazo y yo me he vuelto a Madrid en el próximo tren. Tenía la boca seca y un desagradable regusto amargo. Y en mi mente, la imagen de aquella niña me producía un dolor profundo que me costaría superar.

José Manuel Surroca Laguardia

Nacido en Zaragoza en 1949. De profesión informático, además de aficionado a la Música y a la Literatura siempre sintió la pasión de escribir, iniciando el esbozo de varias novelas. Tras finalizar su vida laboral, ha podido ver cumplido su deseo de hacer lo que más le gusta: dedicar su tiempo a escribir.

Enamorado de la historia, especialmente de uno de los periodos más impresionantes a su juicio, la Edad Media, intenta recrear en sus novelas las formas de vida y las sensaciones que debían sentir aquellas personas cuyo día a día transcurría entre la ignorancia, la miseria, la enfermedad y su sometimiento absoluto a la voluntad de sus señores feudales, y especialmente, las relaciones entre las tres comunidades, cristiana, judía y musulmana que poblaban y convivían en nuestras villas y pueblos.

Sin embargo, también le gusta adentrarse en otro tipo de historias que siempre tienen como protagonistas a las personas y sus circunstancias que en ocasiones, suelen ser terribles. El humor, el drama y la sociedad, son temas que ha tratado en sus historias.

Hasta el momento ha escrito doce novelas: El Cristo del Granado, Espejismo, La extraordinaria vida de un perro que entendía a los hombres, La Estación, El Clown, El Diario del Ave Fénix, Barbastro 1320 “Los Pastorelli”, Barbastro 1064 “La Cruzada”, El Documento 303, El caso del Ecce Homo, Rex Bellator y El Maquisard.

Actualmente vive en Barbastro (Huesca).